

**Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Lectorado Español**

Las demás palabras

**Selección de relatos
Concurso “Más que palabras” 2014-2015**

ORGANIZACIÓN:

Lavinia Seiciuc, Universidad de Suceava, Rumanía
Alina Viorela Prelipcean, Universidad de Suceava, Rumanía

Anastasi Prodani, Universidad de Tirana, Albania
María Moreno Molina, Universidad de Tirana, Albania

Editoras: **Lavinia Seiciuc y Alina Viorela Prelipcean**
Revisión: **Alba García Rodríguez**, Universidad de Oviedo, España

TRIBUNAL:

Presidente:

Johannes Kabatek, Universidad de Zúrich, Suiza

Miembros

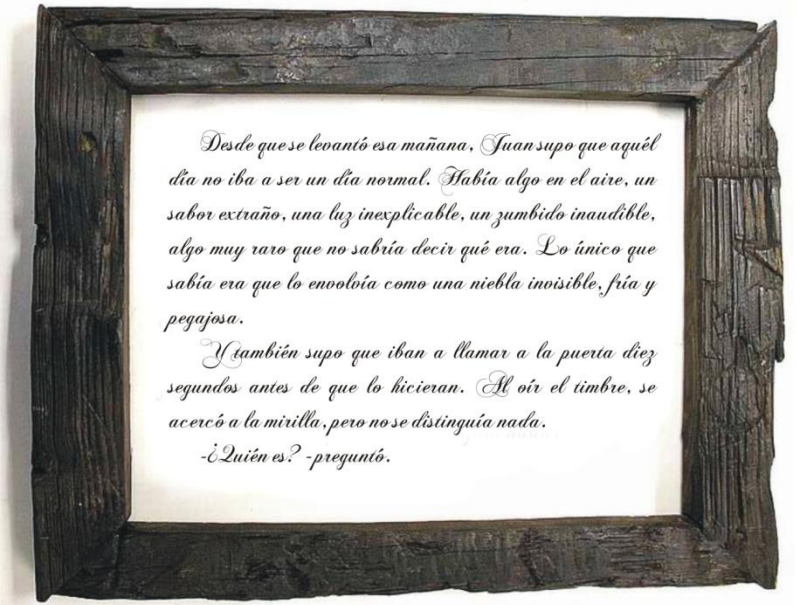
Yolanda Fernández Pena, Universidad de Vigo, España
Miguel Cuevas Alonso, Universidad de Vigo, España
Cristina Bleorțu, Universidad de Vigo, España

Diseño de portada y cartel: Lavinia Seiciuc

Suceava, 2015

ISSN: 2248 – 2253

ISSN-L: 2248 – 2253



Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquél día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabría decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

También supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

-¿Quién es? -preguntó.

ÍNDICE

<i>Encerrado fuera</i> (Mihaela Muscalu Podariu, 1 ^{er} premio).....	7
<i>Llaman a la puerta</i> (Flavia Seferi, 2 ^o premio <i>ex pares</i>).....	11
<i>El fugitivo</i> (Ismaïl El Khouaja, 2 ^o premio <i>ex pares</i>).....	16
<i>¿Quién eres?</i> (Latifa Laamarti, 3 ^{er} premio).....	21
<i>La casa maldita</i> (Vasilica Cristina, mención del jurado).....	26
<i>Volverás...</i> (Eva Herri, mención del jurado).....	31
Selección (por orden alfabético de los títulos)	
<i>Así es la vida</i> (Roberta Haxhiu).....	38
<i>Cuando la araña te mata</i> (Elisabeta Frroku).....	42
<i>El mundo de colores</i> (Xhuljana Gjuzi).....	50
<i>Juan y su amigo especial</i> (Eda Sina).....	58
<i>Una triste historia</i> (Delia Ancuța Cerlincă).....	64

1^{er} Premio

Mihaela Muscalu Podariu
Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía

Encerrado fuera

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

No hubo respuesta. Como viniendo todavía de algún recuerdo, Juan se ajustó pensativo el cinturón de la bata y abrió la puerta. No había nadie. Pero en el suelo, junto a la puerta del vecino, había un folio doblado. Le molestó tener que andar unos pasos para ver lo que era, tal vez descartar que no se habían equivocado de puerta. Cuando se agachó para cogerlo, el portazo lo hizo girarse rápidamente pero ya sin tiempo de reaccionar; una corriente de aire había cerrado la puerta dejándole fuera sin llave y en bata.

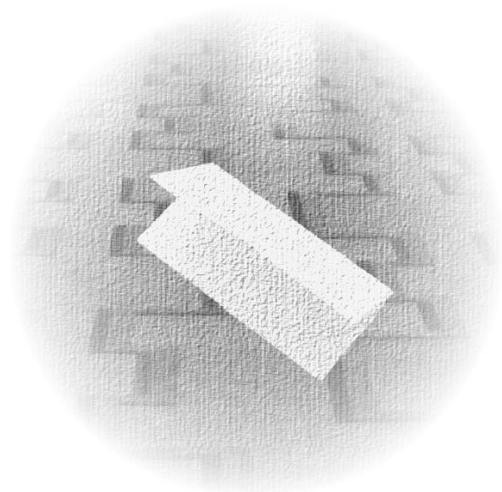
“Maldita sea”, se dijo descargando su rabia con una patada al aire, sintiendo algo como un sabor metálico subiéndole por la garganta solo de pensar que tendría que molestar a su vecino para poder llamar a un cerrajero. La sensación neblinosa que le atenazaba la piel lo hizo temblar un poco cuando pulsó el timbre del vecino. Mientras esperaba que Andrés le abriera, Juan miró el folio que había recogido y leyó la frase escrita a bolígrafo: “tu mujer se acuesta con tu vecino”. Apenas tuvo tiempo de pensar y menos aún de esconder el papel porque de golpe en la puerta Andrés mirándole, también en bata, enarcaba las cejas entre divertido y sorprendido.

– Buenos días... Perdona que te moleste tan temprano...- balbuceó Juan doblando de nuevo el papel y metiéndoselo en el bolsillo de la bata del modo más natural que pudo.

– Tranquilo, hombre,-respondió Andrés-. Hoy debo abrir pronto la carnicería, así que no me has despertado. ¿Qué ha pasado?

– Me he quedado fuera sin la llave...no sé cómo ha sucedido...

– Pues bonita manera de empezar el día. Entra, no te quedes ahí.



En la pared del recibidor oficiaba el impresionante retrato al óleo de la esposa. Al contrario que otras veces, Juan se esforzó en ignorarlo pasando directamente al comedor, gesto que Andrés advirtió.

– Celia está con su madre, así que estamos solos- dijo el vecino señalándole a Juan el sofá y perdiéndose pasillo adentro-. Debo de tener por ahí el número de un cerrajero. ¿Quieres café?

– Gracias, acabo de desayunar- respondió Juan tratando de recordar algo que no encajaba en las palabras del vecino, tal vez un tono juguetón impropio en él, algo que chirriaba en alguna parte y le

dificultaba urdir rápidamente una excusa lo más lejana posible del papel que le quemaba en el bolsillo.

– Pero oye ¿cómo demonios te has quedado encerrado fuera...? Ahora que lo pienso...Curiosa expresión: “encerrado fuera”, ¡jajaja!

Mientras repasaba en su cabeza una lista imposible de nombres que hubieran podido dar el chivatazo, Juan sintió que necesitaba mirar de nuevo el folio, como si además de la frase hubiera algo en él que tratara de abrirse paso en su mente.

– Bueno, verás, en realidad yo venía a hablar contigo porque no me encontraba bien y justo antes de llamar a tu puerta escuché la mía cerrarse tras de mí. Pensé que llevaba la llave en el bolsillo de la bata pero... En fin, no me lo explico porque no había corriente de aire en la casa...-dijo Juan fijándose en las manchas rojas sobre la alfombra.

– Buenos días, necesito que manden a alguien lo más pronto posible para abrir una cerradura. Sí, la dirección es Calle San Isidro Labrador número siete, segundo izquierda. Sí, a nombre de Juan Prieto... ¿Media hora? Excelente, gracias.

La voz de Andrés acudía casi ausente desde el dormitorio, como dándole a Juan una segunda oportunidad para improvisar una explicación más convincente.

– De todos modos ya me encuentro bien– añadió Juan tratando de no bajar la mirada cuando Andrés volvió al comedor mirándolo fijamente, dejando el teléfono sobre el sillón junto a otra mancha roja.

– Me alegro de que te encuentres mejor. Entonces ya podemos hablar de otra cosa –dijo el vecino corrigiendo la posición del teléfono para tapar la mancha. Por ejemplo, de ese papel que tienes en el bolsillo.

– Necesito ir al baño. ¿Te importa?

– Por favor, estás en tu casa.

–Ahora lo veo– respondió Juan ya casi flotando por el pasillo, liberado del miedo nada más entrar en el baño desde donde podía verse la cama de la habitación contigua, con la pierna femenina asomando bajo la sábana ensangrentada.

– ¿Qué miras exactamente, vecino?

Ahora la voz burlona de Andrés se acercaba despacio por el pasillo.

Las demás palabras

– Que estoy en mi casa. Literalmente. Echado sobre mi cama con el cuello cortado.

– ¿Cuándo has caído en la cuenta de que la del papel era mi letra?

– Al ver las manchas de sangre en el comedor las piezas han ido encajando. He recordado que la madre de Celia murió hace un año... Por eso has dicho que Celia está con su madre.

– Exacto— dijo Andrés sonriendo desde atrás reflejado en el espejo del baño, blandiendo el cuchillo que Juan apenas tuvo tiempo de ver antes de sentir todo el sabor metálico en el cuello.

2º Premio *ex pares*

Flavia Seferi
Universidad de Tirana, Albania

Llaman a la puerta

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Inútil decir que Juan ya sabía lo que iba a ver una vez abierta la puerta, pero, igual, la sorpresa fue demasiado fuerte.

En el patio estaba un niño de siete u ocho años. No hacía nada. Inmóvil, sonreía a Juan. Una sonrisa tierna, inocente y, al mismo tiempo, melancólica y un poco triste.

Sus grandes ojos azules se reflejaban orgullosos en los ojos de Juan y estos espejos del alma se reconocieron como dos enamorados que se vuelven a encontrar después de muchos años.

Había algo sumamente familiar entre aquellas miradas: la misma intensidad, la misma...

Atrapado en estos pensamientos, Juan no se dio cuenta de que el niño se había ido y sintió la necesidad de correr detrás de él para hablarle y resolver sus dudas. Corrió en vano.

La calle estaba vacía. Los árboles eran los únicos dueños de aquel paisaje desolado y el viento frío quitaba del suelo los últimos indicios del otoño.

No podía hacer nada, entonces decidió regresar a su casa. El sofá le pareció lo más adecuado para sentarse y pensar en lo que había ocurrido en los pasados diez minutos. Aquel niño no podía ser... ¡era imposible! Pero Juan estaba seguro de lo que había visto

y de lo que había reconocido en aquellos ojos. No era un malentendido y ni siquiera podía ser real.

La sensación de niebla no desaparecía de su cabeza y no lograba convencerse de que todo había sido solo una simple visión. Justo cuando su cerebro estaba trabajando duramente para racionalizar lo irracional y casi conquistaba la solución del problema, llamaron de nuevo a la puerta.

Frente a él había un viejo. No se podía decir su edad exacta, sin embargo tenía toda la apariencia de un abuelo. En principio Juan no entendía la presencia del anciano señor en su casa porque nunca lo había visto antes pero, en cuestión de segundos, la chocante sensación de familiaridad lo golpeó otra vez: la misma actitud, la misma mirada, la misma sonrisa...

Más lentamente que el niño, también el viejo se fue.

Juan no tenía voluntad alguna de seguirlo. El sofá iba a ser suficiente esta vez. Empezó a pasear desde la cocina hacia el salón y al revés. Parecía un loco en desesperada búsqueda de paz.

Tomó su móvil y llamó a todas las personas que conocía, pero nadie le contestó. Ni siquiera su mejor amigo Antonio.

El desorden en su cabeza en aquel momento no se podía comparar ni al peor desastre aéreo de la historia del mundo. Estaba solo y no podía conectar de ningún modo los puntos de aquel complicado juego. Sentía que estaba perdiendo totalmente la razón, cuando... ¡La puerta!

Otra vez la puerta. Podía ser solo una cosa: su salvación o su definitiva ruina. Deseaba tanto que fuera la primera porque sentía que solo faltaba otra inquietud para destruir por completo su delicada salud mental.

Era Antonio. En el preciso instante en el cual abrió la puerta y vio aquella cara querida, Juan no supo expresar su inmensa felicidad con palabras y se limitó a abrazar a su amigo. El peso que todavía llevaba por dentro era demasiado grande y, para aliviar su pena, le contó todo sin dejar atrás nada, ni siquiera su más profunda sospecha.

Antonio lo calmó con la dulzura y la tranquilidad que solo él sabía utilizar en las peores situaciones. Le recordó que para todos había sido un periodo difícil y pesado y que era normal que la mente, frágil general del cuerpo, construyera imágenes ilusorias.

Juan se sintió mejor por algunos minutos y trató de creer las palabras del amigo.

Sin embargo, lo que había ocurrido no era simple fantasía y él lo sabía muy bien.

“¡Toc, toc!”

Aquel sonido en un día se había convertido en el sonido del miedo en la cabeza de Juan que había esperado que el optimismo y la calma de Antonio se pudieran recuperar con la desaparición de aquella terrible pesadilla. Pero todo había sido inútil. La precaria paz por la cual había luchado se fue en el segundo de un golpe a la puerta.

Fue Antonio el que tuvo el valor de acoger al nuevo huésped. Ninguna sorpresa esta vez: un niño. Misma edad del primero pero este no sonreía a Juan sino a Antonio, y este no se fue de repente... al contrario: Antonio le pidió que entrara y se sentara con él cerca del hogar. Entre los dos se estableció de repente la misma familiaridad que Juan había percibido algunas horas antes con el otro niño. Hablaban y jugaban juntos con expresiones melancólicas y resignadas, como si supieran que iban a estar juntos para siempre.

Juan los veía y se sentía como ausente en su propio cuerpo. No reaccionaba, no podía articular palabra... solo observaba a aquellos dos: la misma cara reflejada en el espejo del tiempo.

La situación en sí lo hizo acordarse del fin de semana que él y Antonio habían pasado en el chalet de sus abuelos en la montaña. El frío, el hogar, las pláticas...

Solían ir de viaje una o dos veces al mes, cuando tenían algunos días de descanso entre los exámenes. A menudo con otros estudiantes y amigos. Grandes excursiones organizadas generalmente por la chica más lista del grupo que terminaban siempre por convertirse en fiestas épicas en las cuales quería participar toda la Facultad... ¡profesores incluidos!

Al mar, al campo, al lago... ¿Por qué no inaugurar el nuevo chalet en la montaña de los abuelos? Juan se lo había propuesto a todos pero nadie había confirmado. Los exámenes finales estaban muy cercanos y nadie quería correr un riesgo tan grande.

Antonio por supuesto aceptó y los dos salieron hacia el monte cubierto de nieve y magia.

Los pocos días de vacaciones pasaron rápidos como siempre y pronto llegó el domingo del retorno, llegó el usual momento en el cual la alegría se mezcla con la tristeza del abandono y los dos tuvieron que saludar la nieve...

Estos felices recuerdos, única fuente de paz en aquella guerra agotadora, fueron interrumpidos por los familiares golpes secos en la madera. Por supuesto iban a llamar a la puerta otra vez, una última vez. Juan lo sabía y no se asustó mucho.

Al oír el sonido del miedo, Antonio se levantó y sonrió al viejo que esperaba afuera.

El huésped senil confería a la habitación algo de maduro y sabio, algo que tal vez habría ayudado a Juan a salir de su crisis y le habría finalmente regalado la fatídica solución de aquel día enigmático. Esperaba una revelación, una explicación...quizás la confesión de que todo había sido una simple, pero cruel broma de sus amigos y parientes. Algo. Lo que fuera. No podía continuar así...

Todo parecía calmo y normal en el salón: Antonio y el viejo reían y hablaban, el niño sobre la alfombra jugaba y buscaba la aprobación de los grandes.



Nadie reparaba mínimamente en Juan. Parecía que los tres hubieran llegado a un estado de perfección, como si se hallaran en el centro del cuadro más evocador de la felicidad humana. Era una visión casi divina; representaba la paz absoluta entre el ayer, el hoy y el mañana.

Juan, finalmente, decidió acercarse a la tríada feliz y con los ojos imploró una explicación cualquiera. Solo quería calmarse y reír con alegría como los demás, pero en el fondo sabía que nada bueno habría salido de sus bocas, que nunca habría sido tan feliz como ellos. ¡Estaba condenado!

El señor que había llegado por último le susurró, sin pelos en la lengua, lo que ya todos habían entendido y temían: “Nacimos, vivimos y morimos... como todo”.

Bastaron estas palabras reveladoras para borrar cada sospecha, cada miedo y confusión que había habitado la cabeza de Juan durante horas enteras y para abandonar cada esperanza de una futura serenidad.

Todo era claro y simple en su tragedia. No pudo retener las lágrimas. Toda su vida pasó delante de sus fantásticos ojos azules, los mismos del primer niño y del primer viejo. Se acordó de todas las personas que había encontrado, de todas las experiencias que había vivido, sobre todo aquel fin de semana en la montaña, el viaje de retorno, la carretera, el accidente...

2º Premio *ex pares*

Ismaïl El Khouaja

Universidad "Sidi Mohammed ben Abdellah", Fez, Marruecos

El fugitivo

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Tardó un poco en contestar, pero, al fin, con una voz ronca, le contestó:

– Soy el fantasma, el que saca almas.

– Esto es mentira –interrumpió el niño, temblándole las manos–. Mi abuelo me había comentado que los fantasmas solo existen en los sueños. Así que, no me engañas y vete por donde has venido.

– A tu abuelo, por ser un miserable hechicero, le saqué el alma hace cinco años. Y ahora llega tu hora. ¡Abre la puerta! –dijo, masticando cada palabra en su boca.

El niño, asustado, contaba inmediatamente los años de la muerte de su abuelo. Eran cinco. El fantasma tenía razón.

– Es verdad. Pero si yo fuera víctima de la hechicería de mi abuelo, tú no tendrías el derecho a sacarme el alma. ¡Déjame vivir más! Tengo sueños e ilusiones. ¡Dame más tiempo, por favor! –suplicó el niño llorando.

– Pero ¿qué ilusiones tiene el nieto de un desgraciado hechicero? – le preguntó, burlándose de él.

– Te las contaré cuando vuelvas la próxima vez. ¿Pacto firmado? – le contestó con un nudo en la garganta.

– ¡Vale! Yo tampoco tengo ganas de sacar almas hoy. Te doy diez años de vida, ni más ni menos. ¡Adiós!

Por primera vez en la historia humana, fantasma y niño firmaron un pacto. Sin embargo, pasado un largo rato, Juan recordó que los diez años de vida que le había dado el fantasma no eran suficientes para realizar sus sueños. Entonces, se apresuró a abrir la puerta para buscarle y suplicarle que le diera más tiempo. Pero no había nadie. Gritaba y gritaba, pero en vano. Entró en la casa. Pasaba horas pensando en voz alta: ¿si este fantasma tiene la facultad de sacar almas, por qué no la tiene para entrar en las casas? ¿Por qué no me mató de una vez? ¿Por qué me dio justamente diez años de vida y no veinte o cuarenta? ¿Por qué dijo que mi abuelo era un miserable hechicero? ¿Por qué no lo he visto desde la mirilla? ¿Por qué...? En aquel momento, sonaba el timbre. Se acercó a la mirilla. Vio a sus padres.

– Hemos escuchado tu voz desde el principio de la calle. ¿Qué te está pasando? – preguntó su padre.

– No era yo. Supongo que era la voz de los fantasmas. – replicó el niño.

– Hijo, ¡por Dios!, ¿qué estás diciendo? – exclamó su madre.

– ¿Es verdad que mi abuelo era un hechicero? – preguntó el niño.

– ¿A qué viene esto, hijo? Tu abuelo, como sabes, era un alquimista. – replicó su padre.

– Os dejo, tengo sueño. – dijo Juan con la cabeza llena de dudas.

– Y esa cara, ¿qué te pasa? – interrogó su madre.

– Nada importante. ¡Hasta luego! – se despidió.

Así, Juan decidió no contar nada de lo que le había pasado. No pegó ojo durante toda la noche. Pensaba en hacerle trampa al fantasma para deshacerse de él. Estaba convencido de que su abuelo tenía algo que ver con eso. Por fin, se decidió a ir a la casa de su abuelo con el fin de asegurarse sobre el asunto.

Al día siguiente, nuestro pequeño héroe robó las llaves de la casa de la bolsa de su madre y se fue directamente allí. Al llegar, la encontró tal y como la había dejado la última vez que la visitó. Se

dirigió justamente a la biblioteca. Había un centenar de libros. En su mayoría eran los de hechicería y alquimia. El niño decidió leerlos todos para buscar algo que lo pudiera ayudar en su problema.

Así fue. Pasaron ocho años y Juan seguía leyendo aquellos libros. Tenía en aquel entonces diecisiete años. Sus padres se preocupaban por él. Solo los visitaba los fines de semana. Se le notaban las señales de cansancio, debido a la permanente lectura de los libros. Le faltaban solo dos años para encontrarse de nuevo con el fantasma. Empezaba a perder la esperanza.

Cierta día, Juan leyó en un libro –cuyo título no pienso decir– lo siguiente: “existe una maravillosa ciudad en Oriente próximo cuyo mar es mágico. Quien nada en él, vivirá la eternidad. Pero para llegar a esta ciudad, uno tiene que convertirse en un pájaro. Solo los pájaros son los que pueden llegar ahí. Y para convertirse en un pájaro se debe tomar una bebida compuesta de...” A Juan le encantaba la idea, y empezó a buscar los ingredientes de la bebida mágica.

Al pasar dos semanas, Juan tenía en sus manos todos los ingredientes recomendados. Se dirigió a un río que estaba justo al lado de la casa de su abuelo. Tomó los ingredientes y los mezcló dentro de una botella. Al terminar esa operación, cogió la botella, la bebió de una vez y la arrojó al río. No obstante, cuando esperaba convertirse en un pájaro, vio cómo todo su cuerpo se había convertido en el cuerpo de un burro. Estupefacto, intentaba pedir socorro, pero solamente se oía el rebuzno de los burros. Nadie le hizo caso. De la propiedad humana solo conservaba la razón. Un simple burro, pero con razón. No quiso volver a la casa de sus padres, porque sabía que nadie lo reconocería. Caminaba sin rumbo.

Sus padres estaban muy preocupados por él. Hicieron una declaración en la policía, pero eso no trajo nada nuevo. Creyeron que se había muerto o escapado. Perdieron toda confianza en verlo de nuevo. Él cada día pasaba no muy lejos de la casa para ver a sus padres. Lloraba en silencio por no poder decirles la verdad. En aquel momento, prefería morir en vez de pasar toda su vida siendo un animal. Pero aún faltaba un año para la visita del fantasma.

Un día Juan el burro estaba caminando por el bosque, y lo vieron unos cazadores. Uno era gordo; el otro, flaco. Se acercaron a

él. Este último, sorprendido, dijo a su amigo, que parecía un marroquí:

– ¡Qué guay! Mira, qué burro tan hermoso.



– Amigo, este burro vendemos y tener dinero. Dinero, amigo. – comentó el marroquí con un castellano salpicado de errores.

– Vale, como quieras. – aceptó el flaco.

– Vamos, amigo. – dijo el gordo.

En aquel momento, nuestro desdichado héroe puso pies en polvorosa, pero el marroquí lo siguió corriendo y le dio veinte patadas bien contadas. Lo sujetó y lo condujo junto a su amigo hacia un pastor al que conocían. Al llegar, encontraron a este ordeñando sus vacas.

– ¡Hola, amigo pastor! Te traemos este burro para vender. Es muy fuerte. – dijo el flaco.

– Os doy cincuenta duros. – propuso el pastor.

– No, amigo. Más dinero. Fuerte. – intervino el gordo.

– No más, sesenta. Si no, idos. – replicó el pastor.

– Vale. Aquí lo tienes. – aceptó el flaco.

Juan el burro gritaba todo el rato, pero, al fin, se dio cuenta de que solo salía de su boca el rebuzno maligno de los burros. Enfadado por los rebuznos, el pastor le dio unas cuantas patadas y lo condujo hacia una cueva donde estaba una burra. Esta, al verle, se acercó a él y, levantando su rabo, lo incitaba a hacerle el amor. Él no sabía qué iba a hacer. Su cuerpo de animal respondía a esa seducción, pero su razón se lo impedía. En esa misma situación, pasaba todos los días en la cueva, rogando: “¡oh, Dios, ayúdame para volver a ser hombre! No quiero cometer ningún pecado que te ofenda”.

Se cumplieron los diez años. Juan el burro, con mucha paciencia, esperaba cada día la aparición del fantasma. Estaba harto de la humillación y la obediencia en que vivía con su estado de burro. Huía de un mal Destino, pero cayó en otro mucho peor. Sus sueños e ilusiones se evaporaron.

Pasó otro año, sin traer nada nuevo. Juan pensaba que lo que le había ocurrido solo era una falacia de la razón. Se arrepintió. Decidió suicidarse. Una vez que amaneció, se escapó de la cueva y subió a la montaña. No obstante, quiso hacer algo por última vez antes de suicidarse: ver a sus padres. Bajó de la montaña y se dirigió a la casa. Cuando estaba caminando, vio el río donde se había convertido en burro. Como tenía mucha sed, se acercó al río y empezó a beber. De repente, vio cómo su cuerpo había vuelto a la normalidad. Se convirtió de nuevo en un hombre. No daba crédito a sus ojos. Lleno de alegría, corrió a la casa de sus padres, gritando: “soy hombre, soy hombre,...”.

3^{er} Premio

Latifa Laamarti

Universidad "Hassan II", Casablanca, Marruecos

¿Quién eres?

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es? – preguntó...

Nadie respondió, un silencio mortal se instaló, después oyó un ruido sonoro.

– ¿Quién es? – insistió con voz temblante.

No recibió ninguna respuesta. Su corazón latía muy fuerte. Abrió la puerta con mucha cautela y asomó la cabeza. No había nadie, cerró enseguida la puerta arrepentido de haberla abierto. Tenía un mal presentimiento, como si algún aire maldito acabara de entrar en la casa. El ruido ahora estaba dentro, esta vez se oían como unos gritos humanos, como si alguien estuviese agonizando. Intentó localizarlo, venía de la cocina, y al acercarse notó un fuerte olor a quemado; entró corriendo y el ruido desapareció bruscamente; se le había quemado la comida.

“¿Cómo pudo ocurrir esto? ¡Si acabo de encender el fuego!” – se preguntó sorprendido.

Apagó el gas aunque la carne todavía estaba sin hacer. Juan era un hombre soltero, nunca se había casado ni había tenido novia, vivía solo con su gato Alex, que era su único familiar. “¿Dónde está Alex?” – se acordó de repente de su gato, empezó a llamarlo, a buscarlo por toda la casa, pero no lo encontraba.

“¡Qué raro!”– pensó, su gato siempre lo acompañaba, “¿dónde se habrá metido?” Volvió a escuchar el mismo ruido, esta vez era como el llanto de un niño y venía del cuarto de baño. Iba para allí cuando tocaron a su puerta por segunda vez, su corazón empezó a latir muy fuerte, abrió la puerta y un grito subió de sus entrañas, al ver a su gato sangrando. Escudriñó alrededor, no había nadie, pero no se atrevió a tocarlo aun sabiendo que tal vez seguía vivo. Sí, estaba vivo y lo miraba. Intercambiaron miradas graves, aunque el gato tenía los ojos cansados. Juan se quedó inmóvil, como hipnotizado, pero no tardó en reaccionar. Entró en casa para llamar al veterinario, pero de repente se cortó la línea, buscó su móvil que no encontraba en ninguna parte, no sabía qué hacer pero sí sabía que necesitaba hacer algo. Salió y llamó a la puerta de su vecino, nadie le respondió. Bajó al segundo piso, subió al cuarto, volvió a bajar al primero, tocó en todas las puertas, buscó al conserje, siempre sin ninguna respuesta.

En un momento tuvo la sensación de que estaba solo en todo el edificio, como si fuera el único superviviente de un terremoto. Volvió a su casa, se vistió rápido y salió, pero el ascensor no funcionaba. Iba por las escaleras cuando de repente se abrió el ascensor. Entró, pero se quedó atrapado dentro. “¿Hay alguien? ¡Socorro! Estoy atrapado en el ascensor, ¡por favor que me oigan!” – solo se oía el eco de su voz. Sintió el peso de unas miradas que súbitamente convergieron sobre él. Sabiéndose amenazado, se sintió incapaz de tragar saliva. Titubeó luchando contra el pánico. De repente, se apagó la luz y se quedó a oscuras, sintió que el aire se unía a algo extraño que no veía pero que sentía en la piel. Lo atravesó un sentimiento de calor como si fuera una hoguera que se encendiera y le subiese por todo el cuerpo. Se hundió en la desesperación cuando bruscamente se abrió la puerta, salió corriendo antes de que volviera a cerrarse, cogió las escaleras, quería salir de ese edificio maldito. Bajó corriendo y al llegar encontró la puerta cerrada, intentó abrirla con su llave pero fue en vano. “¡Socorro, ayudadme por favor!”– gritaba dando golpes inútiles a la puerta; pero su esfuerzo resultaba en vano. Agobiado, se dejó caer al suelo y justo en ese momento un hombre abrió la puerta, lo miró fijamente y desapareció por las escaleras. Juan se quedó perplejo, no entendía nada, –“¿quién era ese hombre?”–. Conocía a todos los vecinos, a este nunca lo había visto antes, –“¿no será un

fantasma? ¿Será posible que el edificio esté embrujado?”– se preguntó. Se levantó y salió del edificio, cogió su coche y arrancó en seguida. No tenía idea de a dónde iba, conducía a toda velocidad intentando huir lo más lejos posible del maldito edificio. Le temblaban las piernas, sudaba por todo el cuerpo, se sintió perseguido, conducía sin rumbo fijo de forma histérica –“he de estar soñando, todo eso es solo una pesadilla, ahora vendrá Alex y me despertará”– se decía a sí mismo. De repente, se paró el coche pues faltaba gasolina.

– “¡Dios mío! Es lo que me faltaba, no puede ser, ahora no, ¡aquí no!”– gritó con todas sus fuerzas. Estaba en una zona desértica, hacía mucho calor, no había ni una señal de vida, ni un árbol, ni una casa, solo piedras y piedras por todas partes, un clima asfixiante y un sol que quemaba. Empezó a caminar con la esperanza de encontrar alguna gasolinera o ver pasar algún coche.

– “Por fin, gracias a Dios”– dijo aliviado, pues no muy lejos vio una pequeña casita rural y entonces se fue acercando rápido. – “¿Hay alguien aquí? Perdonen, ¿hay alguien aquí?”

Se sorprendió al ver a dos niñas jugando en el jardín, se acercó a ellas, las saludó y les sonrió, pero ellas tenían una mirada ausente, como si no lo vieran. Justo cuando iba a hablar con ellas, se abrió la puerta de la casa y salió un hombre de avanzada edad.

– Buenas tardes, señor, necesito gasolina, me puede ayudar, por favor– le dijo, temblando de miedo.

Era un señor alto y gordo, de unos cuarenta años. Llevaba un sombrero tan grande que apenas se le veía la cara. Asintió con la cabeza y entró en la casa. Juan se volvió hacia las niñas para preguntarles, pero qué grande fue su sorpresa cuando no encontró a nadie, –“pero... si estaban aquí jugando, dónde se han metido, solo hay esta puerta... no puede ser...”

– Vamos a buscar la gasolinera, te acompaño, no está lejos de aquí– apareció de nuevo el señor acompañado por un perro pitbull tan negro como la noche, cosa que asustó a Juan y lo hizo volver atrás.

– Pero... ¿va a dejar a sus hijas a solas aquí?– le preguntó sorprendido.

El señor soltó una carcajada:

– ¿Qué hijas? Si yo vivo aquí solo con mi perro desde hace siglos?

– Acabo de ver a dos niñas aquí mismo, estaban jugando y...

– Será mejor para ti que no hagas preguntas– lo interrumpió el viejo con una voz seca– y ahora vámonos.

Los tres empezaron a caminar en silencio, Juan no se atrevía a abrir más la boca, sentía un pánico de muerte, no sabía si debía confiar en ese hombre misterioso, de todas formas, no tenía otro remedio.



El camino se hizo eterno, y cada vez que Juan le preguntaba si todavía la gasolinera estaba lejos no recibía respuesta. Llegaron a un cementerio, Juan se paró bruscamente:

–“¿Por qué estamos aquí? Me has dicho que hay una gasolinera cerca, ¿dónde está?”

El señor se volvió hacia Juan y se quitó el sombrero diciendo:

–“Te he dicho que no me hagas preguntas, ¡cuidado! cuando me enfado me vuelvo muy peligroso”.

Juan no pudo retener un grito de disgusto y de susto cuando vio que estaba ante un monstruo, pues el hombre tenía la cara deformada, con muchas quemaduras y cicatrices profundas, casi no

tenía nariz y sus ojos eran como dos agujeros negros sin mirada, sin vida. Parecía un fantasma.

– Perdóname, bueno... tengo que volver, me espera mi familia –dijo Juan dando pasos atrás. Pero el señor lo cogió del brazo firmemente y empezó a reírse–“¡Qué familia!, ¿te refieres a tu gato, Álex?, si ya está muerto, ¡olvídalo!”– sus carcajadas sonaban como bombas en el cementerio desértico.

– Pero... ¿qué... qué dices? ¿Cómo lo sabes?, ¿quién eres?-. Juan hablaba mientras intentaba liberarse y huir de este hombre.

– ¿De verdad no sabes quién soy? mírame bien a los ojos ¿no me reconoces?, claro ¡qué tonto soy! ¡Cómo me vas a reconocer! Si apenas tengo rostro, han pasado cinco años desde ese maldito accidente, ¿te acuerdas? Si soy así, es por tu culpa, tú me quemaste la cara y mataste a mis dos hijas y a mi mujer... ¿te acuerdas ahora de aquella noche?... aquella maldita noche cuando...

– Sí, pero fue un accidente, –lo interrumpió Juan– yo no quería que sucediera todo eso, fue un accidente...

– Claro, un accidente– gritó el hombre furioso– pero ¿cómo puedes decir eso?, estabas borracho y conducías ¿por qué? ¿Qué esperabas? ¿Acaso no sabías tú que uno no debe conducir mientras esté borracho?... Ahora me lo vas a pagar, tú también tienes que morir como mis hijas ¡ven a verlo! aquí están enterradas... y te voy a enterrar con ellas, vivo. Tienes que sufrir como yo...

– ¡No, por favor! ¡Perdóname!... no me quiero morir, ¡por favor! ¡Socorro! –Juan gritaba como loco, con todas sus fuerzas.

– Despiértate, Juan, despierta... ¿qué te pasa, tío? Debe ser el efecto del alcohol, ¿ves?, te dije que no bebieras mucho, tú no estás acostumbrado... será mejor que te vayas a tu casa, se ha hecho tarde. ¿Te llevo o puedes ir tú solo?– le dijo su amigo con quien había pasado la tarde festejando su cumpleaños.

– ¡No, no! –gritó Juan asustado– ¡no puedo conducir! ¡No debo conducir!... Nadie va a conducir, todos hemos bebido, pasemos la noche aquí en tu casa, por favor ¡que nadie conduzca bajo el efecto del alcohol! Por favor.

Mención del jurado

Vasilica Cristina

Universidad “Stefan cel Mare”, Suceava, Rumanía

La casa maldita

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Pero todavía no se oía nada. Había un silencio profundo, algo extraño se sentía en el aire y todo parecía envuelto en un misterio.

Debe ser el viento, pensaba Juan pero, al cabo de un instante, aquel ruido se oyó de nuevo. El ambiente era como una pesadilla, sentimientos de miedo, varias preguntas y muchas cosas que Juan todavía no entendía.

Llevaba poco tiempo viviendo solo, en una casa grande, muy espaciosa. Se sentía muy solo y desde que se había mudado allí, nadie había venido a visitarlo, y por eso, a Juan le parecía extraño que alguien tocara en aquel momento. Juan estaba solo en el mundo, no tenía a nadie y fue alejándose de todo y de todos y no quería saber nada, lo único que quería era estar solo y tener paz.

La casa que Juan había comprado estaba situada cerca de un bosque. Era una casa grande, de dos plantas y varias habitaciones que ni siquiera Juan había tenido tiempo de visitar. Había algo muy misterioso con esa casa y a Juan le parecía que algo muy raro pasaba, pero lo que Juan no sabía era que la casa en que vivía estaba embrujada porque era de un joven que se había suicidado y además allí sucedieron varios asesinatos. La casa

estaba llena de fotos y de cuadros antiguos y las paredes, pintadas de varios colores, hacían que Juan se sintiera muy extraño.

Las horas pasaban muy rápido y la noche había llegado repentinamente. Durante muchas noches seguidas se oían ruidos extraños desde la segunda planta, pero Juan no les dio ninguna importancia hasta que de repente, en mitad de la noche, alguien tocó, otra vez, fuertemente en la puerta. Durante horas se escuchó ese ruido de alguien dando golpes en la puerta. Juan se acercó a la puerta y abrió:

– *¿Qué es eso?* –fue lo primero que se preguntó Juan al ver lo que había delante de sus ojos. No había nadie, pero en la puerta estaba escrito con sangre:

Querido muchacho:

Sería mejor que saliera de esta casa; si no usted será el próximo.

Juan se asustó tanto que se planteó salir de esa casa. Se sentó en un sofá, muy pensativo y asustado, pero después de unas pocas horas, decidió quedarse allí.

Los días pasaron y Juan quería saber qué estaba pasando en su casa. Subió y se quedó asombrado cuando vio que en la segunda planta, en la habitación más oscura, había un piano, lleno de polvo y con el teclado roto. Se acercó y cuando quiso tocar el piano, encontró un arcón polvoriento con una llave. Juan la tomó, sin saber qué hacer: ¿Qué pasaría si abriera el arcón? Tuvo suficiente valor para abrirlo, pero se quedó mudo cuando vio una hacha llena de sangre. Juan salió del cuarto muy asustado, sin saber qué hacer, y unos pasos se oyeron en el salón. Bajó rápido a ver lo que pasaba sin ni siquiera pensar en el peligro.

– *¡Ya me tienes harto, seas quién seas dime qué quieres, aparece de una vez!*

Lo que Juan veía era una sombra, con forma humana, una presencia sobrenatural, que se iba haciendo más fuerte a cada rato.

– *¿Qué es eso? ¿Quién eres y qué quieres de mí?* –le preguntó Juan con voz temblorosa a esa misteriosa sombra.

Pero Juan no recibió ninguna respuesta y la misteriosa sombra desapareció. Estaba asustado y no consiguió dormir en toda la noche por el miedo que esa sombra le había causado.

Los días pasaban rápido y todavía se escuchaban esos ruidos extraños a lo largo del día, luego comenzaron a aparecer manchas de sangre en las paredes y las ventanas se abrían solas.

Había pasado un tiempo desde que Juan ya no les prestaba importancia a esas cosas extrañas que estaban ocurriendo en su casa, pero una noche, muy tarde, Juan estaba viendo la televisión y de repente esa se apagó. Juan se quedó asombrado, pero al mismo tiempo sintió escalofríos a causa del miedo. Después de unos momentos, Juan vio unos ojos amarillos que lo miraban desde la oscuridad a través de la ventana. Muchas noches seguidas, Juan comenzó a tener pesadillas repetitivas con los crímenes sucedidos en esa casa y soñó que las víctimas eran dos personas y una niña llena de sangre que estaba vestida de blanco y tenía en sus manos esa hacha que Juan había encontrado en el arcón. En realidad, estos crímenes fueron cometidos por un joven de 18 años que asesinó a sangre fría a sus padres y a su novia con una hacha y luego se suicidó.



Juan empezó a sentir presencias extrañas y también sentía miedo a abrir la puerta y las ventanas porque suponía que una presencia maligna podía estar allí. Juan lo sabía ahora, se había convencido de que la casa estaba poseída por una presencia demoníaca y decidió averiguar el misterio que escondía aquella casa. Subió otra vez al segundo piso y se sorprendió al ver que el piano tocaba solo. Salió rápidamente del cuarto y se fue al baño a lavar su cara y allí vio en el espejo un mensaje escrito con sangre que decía: – *¡Te vas a morir!*

– *¡Esto no puede ser verdad!* –dijo Juan, asustado porque no sabía qué estaba pasando en su casa.

Después de unos minutos de tranquilidad y de paz, de repente apareció delante de Juan un hombre con una apariencia horrible que tenía la cara desfigurada y le dijo: *¡Lárgate de aquí!*

La noche había llegado muy rápidamente, era una noche lluviosa de mayo, pero ahora reinaba el silencio en el cuarto y Juan estaba tranquilo, se sentía mucho mejor sabiendo que ya no se oían esos ruidos que no lo dejaban en paz y todo parecía normal hasta que...

– *¡Tienes que ayudarme!*

Lo que Juan vio fue a esa niña llena de sangre que estaba vestida de blanco y junto a ella había algunas rosas negras. Juan no sabía qué hacer, estaba muy asustado y tenía miedo de que sucediera algo malo, el ambiente era una pesadilla y por eso Juan se sentía como si estuviera en un cementerio.

– *¡Eso no puede ser verdad y tal vez es una pesadilla y yo tengo que despertarme!* –dijo Juan nervioso y asustado al mismo tiempo, pero algo extraño se sentía, ese ambiente de pesadilla y un zumbido inaudible le hizo pensar a Juan que todo era verdad y que no era ningún sueño.

¡Tengo que hacer algo!, pero, ¿qué? Ya me tienen harto.

Al día siguiente, por la mañana temprano, alguien tocó en la puerta. Juan se acercó y cuando abrió había una viejita muy rara que le dijo a Juan con una voz muy ronca:

– *¡Tienes que salir de esta casa antes de que sea demasiado tarde!*

– *Pero ¿quién es usted y por qué me dice esto?*– dijo Juan.

– *¡No te puedo decir quién soy, pero haz lo que te digo y vete de aquí!*

– *Pero ¿por qué?* – dijo Juan. *Esta es ahora mi casa y aquí me quedo.*

– *¡Escúchame! Esta casa está embrujada porque aquí sucedieron varios crímenes y la casa estuvo completamente abandonada hasta que llegaste tú. Se dice que nadie ha podido quedarse aquí porque pasaban fenómenos extraños y por eso tú tienes que salir inmediatamente de aquí.*

Una vez más, Juan volvió a sentirse mal después de escuchar las palabras de esa vieja. Sentimientos de miedo y varias preguntas no dejaban en paz a Juan y por eso decidió hacer algo.

– *¡Hay que avisar a la policía!* –dijo Juan, sin pensar mucho.

Llamó a la policía, pero le dijeron que no tenía por qué preocuparse, ya que esa vieja siempre intentaba asustar a sus vecinos.

Al día siguiente, cuando Juan abrió la puerta, vio a esa viejita, pero ella estaba muerta y junto a ella había algunas rosas negras.

Cuando llegaron los policías, el ambiente era una pesadilla, las paredes estaban llenas de manchas de sangre que decían: *¡Lárgate de aquí, te vas a morir!*

Se sentía algo en el aire, una presencia demoníaca y de repente el ambiente se llenó de un olor putrefacto y una luz inexplicable invadió el lugar.

Juan estaba muerto y junto a él había algunas rosas negras...

Nadie sabe qué fue lo que pasó allí y todo sigue siendo un misterio.

Desde entonces la casa está abandonada porque ahora todo el mundo sabe que este lugar está embrujado y también dicen que todas las noches se escuchan los gritos de Juan pidiendo ayuda.

Mención del jurado

Eva Herri

Escuela no. 1 de Kruje, Albania

Volverás...

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

– El cartero—escuchó Juan desde la otra parte de la puerta. Después de haber recibido el envío, dio las gracias al cartero y abrió la carta. Leyó solamente la frase: “Siento mucho avisarle de que su hermana ha sufrido un incidente automovilístico y se encuentra en estado de coma...”. No pudo seguir más. No fue capaz de ver durante algunos segundos, el mundo se le cayó encima. Beatriz, su hermana, su gemela, su corazón, su vida entera. Ella significaba todo para Juan, había sido la luz de sus ojos desde la muerte de sus padres y ninguna persona podía sustituirla. En seguida, salió de la casa, cogió un taxi y muy asustado, se apresuró para ir al hospital. Cuando llegó, abrió la puerta del hospital con una acción fulminante y no pudo sentirse bien en aquel lugar tan escalofriante.

– ¿Te llamas Juan Castell?– le preguntó un médico estoico.— Creo que estás aquí para tu hermana. Ella ha tenido un accidente gravísimo y cuando la trajeron aquí, estaba a punto de morir. Su novio falleció, y por ella no pudimos hacer mucho; la señora Beatriz ya está en coma.

Temblando, Juan se acercó al cuarto de su hermana, tratando de impedir las lágrimas.

– Bea, cariño mío. ¿Qué fue lo que te sucedió?– sollozó, mirando la cara tan inocente de su hermana, pero que ya estaba magullada. –Me estás escuchando, ¿verdad?– volvió a preguntar Juan. –Dime que me estás escuchando, que estás aquí conmigo y que vas a volver muy pronto entre nosotros. ¡Bea!– gritó Juan, como si quisiera expresar toda su angustia y su rencor. –Bea, respóndeme, por favor–. Esta vez Juan estaba susurrando. Ya no fue capaz de continuar estando en aquella habitación donde su querida hermana estaba luchando contra la muerte. Salió para tomar un poco de aire fresco, pero el aire también le daba la impresión de que se estaba enloqueciendo. Caminaba rápidamente, sin entender dónde estaba, preguntándose a sí mismo si esto que estaba sucediendo era verdad o si era solamente una pesadilla. ¡Ojalá! ¡Ojalá haya sido solo una pesadilla! ¡Pero no! Él no podía perder a otro miembro de su familia. Sus padres habían fallecido en un accidente terrible y la televisión había emitido todo lo sucedido, porque la situación había sido de veras grave. Pero ahora Dios no podía quitarle también a su hermana, en la misma manera en que lo había hecho con sus padres. Esta vez, ¡no! Juan no podía aguantar la pérdida de la única persona que le había quedado en su vida. Él haría lo necesario. Abandonaría los estudios de Medicina solo para quedarse con su hermana todo el tiempo. Leería a Beatriz todo el día, para que ella entendiera que su hermano siempre estaría junto a ella. Contaría a Bea todas las cosas que él había hecho en este tiempo que ella había estado de viaje, en fin, haría lo imposible para que ella volviera a la vida. Juan se hizo una promesa a sí mismo e iba a mantenerla.

A la mañana siguiente, Juan se levantó con los ojos rojos y con la mente confundida. Vio el ambiente, y entendió que estaba en un hospital– recordó todo lo sucedido. Salió. Compró los periódicos y unas novelas clásicas de la literatura universal. A Bea le gustaba muchísimo leer y también le gustaba estar informada de toda la actualidad. Por eso, Juan (segurísimo que ella lo escuchaba) compró sus obras favoritas y comenzó a leer.

– Oye, Bea, ¿conoces la nueva reforma que ha confirmado el gobierno?

En aquel momento entró la enfermera.

–¿Que estás haciendo? – preguntó a Juan.

– Estoy leyendo a mi hermana.

-¿No crees que tienes que descansar un poco? No has comido nada, además llevas despierto toda la noche.

- No, estoy bien -respondió Juan. Ahora tengo que continuar la lectura para que mi Bea no se enoje.

Y Juan continuó la lectura durante muchísimos días, semanas, meses. Cada mañana, él compraba revistas, periódicos y leía a Beatriz durante horas enteras. Jamás se enfadaba, jamás se sentía nervioso y jamás perdía la confianza de que su hermana se fuera a despertar. Un día, pensó que debería hablar con ella de los recuerdos de la niñez y debería también contarle todas las cosas nuevas que habían sucedido durante aquellas cinco semanas.



- Se me olvidaba lo más importante- exclamó él, entusiasta. -Paula, tu mejor amiga, se va a casar en dos meses. ¿Sabes? Ella viene aquí casi todos los días. Quiere con todas las fuerzas de su corazón que te pongas bien y que estés presente en su boda. Perfecto, ¿no? Ahora tienes otra razón para recuperarte lo más pronto posible. Después de una pausa, Juan prosiguió:

– Bea, sé que me entiendes cada vez que te hablo y sé que estás presente en nuestras conversaciones -A Juan le gustaba pensar que estaba *dialogando* con Beatriz.- Pero, por favor, dame solamente una señal, dame una pequeña esperanza, algo que me haga sentir que tú estás aquí. Hermanita, no me dejes así. Respóndeme, te lo suplico. Vamos, despiértate. ¡Despiértate! Él estaba a punto de llorar. Pero... no lo podía creer. En una fracción de segundo, su hermana había movido un dedo. Era un gesto tan sencillo y duró muy poco. Ciertamente no era producto de la imaginación de Juan sino que era una prueba de que Beatriz podía sentir todo lo que sucedía alrededor de ella. Juan lloró. Lloró durante mucho tiempo. Nunca se le había pasado por la mente pensar que si su hermana hubiera movido un dedo, él se hubiera sentido...feliz. Pero la vida tiene muchísimos obstáculos, dificultades y cosas inconcebibles. Él tenía que ser muy fuerte para poder superar estos desafíos que Dios estaba poniendo en su camino. “Todas las cosas suceden por un motivo”– decía frecuentemente la madre de Juan. Pero ahora él no quería buscar el motivo de por qué le estaba sucediendo esto. Quería solamente que su hermana se despertara. Esto es lo único que Juan quería desesperadamente. Con este sentimiento en su alma y con este pensamiento en su mente, se fue a rezar. Rezó por primera vez desde la muerte de sus padres y entendió que no había perdido la fe, como pensaba. Al contrario, continuaba creyendo ciegamente en Dios.

Ya habían pasado dos meses desde el accidente de Beatriz y Juan no había frecuentado la universidad. Él pasaba todas las noches en el hospital, comía y dormía muy poco y hacía tiempo que no sabía que estaba sucediendo fuera de las paredes de la habitación de Beatriz. Los amigos de Bea y sus amigos también llegaban a menudo y trataban de dar fuerza a Juan. Pero ninguno de sus amigos había apoyado su decisión de dejar los estudios. Le habían dicho que un estudiante excelente como él no debería destruir de ese modo su futuro brillante. También le habían dicho que a Bea no le gustaría saber que su hermano había hecho esta tontería. Pero, para Juan, no existía nada más que Bea. Decía que ella no debía sentirse sola y debía percibir una gran fuerza de amor y de cuidados. Desde que eran pequeños, Juan y Beatriz habían sido inseparables. Cuando eran adolescentes, todo el mundo los envidiaba, porque eran los gemelos más lindos, inteligentes y

simpáticos de la ciudad. Mientras ellos dos estaban juntos, peleaban por las cosas más sencillas, pero cuando se encontraban lejos el uno del otro, no podían aguantar la ausencia del otro gemelo. Él estaba dispuesto a dar su vida a cambio de proteger a su hermanita, aunque fuera el pequeño de la casa, ya que había nacido 7 minutos después que Beatriz. Pero Juan ni imaginaba que *cuidar a su hermana* significaba mucho más.

Una tarde, mientras estaba ayudando a la sanitaria a darle un baño, descubrió que no era una “tarea” para nada fácil. Le dieron un masaje con alcohol y seguidamente con una crema preparada por la muchacha con una receta suya iliria. La peinaron y perfumaron, y le pusieron un pijama nuevo con la *pochette* de seda azul que a ella gustaba. Su lucidez era impresionante; si el resto de su organismo fuera como antes, ella podría ahora ir en bicicleta.

– Bueno, ya te ves guapísima– dijo Juan mirándola. – ¿Sabes que tu cabello sigue siendo sano y admirable? Y tus ojos...– Juan se detuvo e instintivamente se acordó de que habían pasado casi tres meses sin ver los ojos negros, únicos y brillantes de Beatriz. Aquellos ojos que siempre reían, que siempre habían dado coraje a Juan cuando él había pasado sus momentos difíciles, y aquellos ojos que reflejaban todo el mundo interno de su hermana y que solamente él era capaz de leer. Lo único que le quedaba era esperar a que volviera a ver aquellos ojos. Y de repente entendió que se había convertido en la sombra de Beatriz, que desde que ella había sufrido el accidente, su subconsciente había adquirido algo salvaje. Pensó en su vida sin Beatriz y en cómo iba a llenarse a sí mismo cuando se quedara sin una partícula de ambición, de ganas de vivir. La fuerza de la explosión que es la muerte lo convertiría en un hoyo negro. Morir... ¿abandonar el cuerpo? Su hermana estaba a punto de abandonar su alma también. Si aquel desastre sucediera, él no tendría para qué vivir, para qué luchar o ganar. Perdería la razón, la confianza, la noción de la conciencia. Sería solamente un hombre al que todos compadecerían y al que mirarían con miedo, porque él se convertiría en un ser humano que había perdido todo en su vida, sin apenas cumplir 22 años, en un muchacho que no sabía más qué hacer en este mundo y que quería deshacerse de su vida, porque creía que su presencia ya no importaba. “Tal vez estamos en el mundo para buscar el amor, encontrarlo y perderlo, una y otra vez. Con cada amor volvemos a

nacer, y con cada amor que termina se nos abre una herida. Estoy lleno de cicatrices.”— pensó Juan.

— Discúlpame, señor, alguien quiere visitarlo. —La enfermera interrumpió sus pensamientos. — Juan salió del cuarto. Se sorprendió mucho de ver a un desconocido.

— ¿En qué puedo ayudarle?— le preguntó.

— Tú debes de ser el señor Castell. Estoy aquí de parte de una fundación que hace donaciones de órganos. Y los donantes son personas que ya no tienen esperanzas para seguir viviendo, o personas que se encuentran en estado de coma...

— ¿¿Qué está tratando de decirme?? ¿Que mi hermana debería donar sus órganos a pesar de que se puede despertar muy pronto? — Juan estaba gritando.

— Usted no me puede pedir esto, ella se va a despertar. ¿Me está escuchando? ¡Ella se va a despertar! Ahora lárguense y no vuelva a repetir lo que acabo de escuchar.

Después de este debate, ninguna persona se atrevía a mencionar a Juan el hecho de que su hermana no podría volver más a la vida. Pero ninguno sabía que Juan también tenido unos sentimientos pesimistas; él quería seguir confiando, pero su corazón no lo obedecía. Quería sentir dulzura, pero los resultados eran solamente amargos. Quería tener la oportunidad de calentar su alma, pero lo único que probaba era el frío. Pensaba en aquel hombre que le había dicho lo de donar los órganos de su hermana y poco a poco comenzó a sentirse arrepentido. Pensó que el corazón de su hermana continuaría existiendo, aunque en el cuerpo de otra persona. También, pensó que quedaría un poco de la existencia de Beatriz, si él aceptara la propuesta del desconocido. Pero de todos modos, no mostraba nada de esto en su rostro. Fingía ser optimista, tener paciencia. No quería que Beatriz entendiera que ahora en él dominaba el crepúsculo. Además, él se dio cuenta de algo importante: todavía podía pintar. Esta era una pasión que Juan había tenido escondida, porque pintaba solamente cuando se sentía solo o cuando estaba muy desesperado. Así que, aunque no continuara con los estudios, no estaba sin esperanza. Todas las noches, se sentía cerca de Beatriz y empezaba a pintar cualquier cosa. Pintaba unas cosas que solamente él era capaz de comprender. Cosas que significaban decepción, agitación, turbación, inquietud. Todo el tiempo pasado en el hospital, lo había cambiado

mucho. Ya había olvidado cómo reír, cómo cuidarse de sí mismo o cómo vivir. Las horas pasaban muy, muy lentamente, y él no sabía cómo había llenado los minutos. Necesitaba tiempo. Tiempo para poder cerrar las heridas y para poder renovarse por dentro....

Habían pasado muchos meses y no había sucedido ninguna mejora. Ninguna luz verde aparecía en el fondo del túnel. Nada de nada. Ni siquiera una pequeña esperanza. Ya nada podía consolar el alma nublada de Juan; los médicos también le habían dicho que no tenía que esperar más. Sería mejor “dejarla libre”. Pero él no renunciaba. Estaba dispuesto a esperar muchas semanas, meses y años más.

Un día, cuando apenas había amanecido, Juan, aunque estaba adormilado, tenía un sentimiento raro e inexplicable. Era muy similar a aquel sentimiento que había experimentado el día del accidente. Pero existía una diferencia: esta vez su sentimiento no tenía que ver con un desastre. Se sentía como un niño que le han dicho que va a recibir un regalito, pero que ha esperado mucho para recibirlo, así que se siente agotado y ya no cree que lo recibirá. Pero de todos modos, él iba a recibir su *regalito del cielo*. De repente, sintió una brisa y se levantó. Se acercó a Beatriz.

– Beatriz, ¿me estás escuchando? Estoy aquí contigo. Siempre he estado y siempre estaré. En el infinito y aún más allá, ¿recuerdas? ¿Recuerdas, cariño?

Sí, ella lo recordaba. Esta vez, sucedió lo contrario a todas las veces en las que Juan hablaba infinitamente y no recibía ninguna respuesta. Hablaba y su único compañero era el silencio. Pero esta vez, su compañero fue la pregunta:

– ¿Dónde estoy?

Las lágrimas de Juan fueron indetenibles. Le agradeció a Dios diciendo: “Gracias por haber iluminado la vida a los dos.”

Roberta Haxhiu

Universidad de Tirana, Albania

Así es la vida

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Salió pero no vio a nadie. Como todos los días, se levantó y empezó su día, pero día empezó de manera extraña, como nunca antes. Últimamente las cosas no iban bien, sentía como si algo no estaba bien y sus presentimientos eran reales. Tenía 18 años, era huérfano, no tenía familia y trabajaba para mantenerse. Estos últimos días había notado algo ya que a la hora en la que él regresaba a su casa lo habían seguido dos hombres, serios, bien vestidos y sabían cada paso o movimiento que hacía.

Esa mañana regresaron otra vez. Cuando sonó el timbre vio que eran esos dos hombres que lo habían seguido últimamente. Los señores muy serios le preguntan:

-¿Tu'eres Juan L...?

Y él, asustado y sin saber qué hacer, le contesta con una angustia que se le notaba desde lejos:

– Sí, yo soy Juan, ¿qué pasa?, ¿Quiénes sois vosotros? No te preocupes. –respondieron los dos agentes de la policía.

Sí, eran policías que venían de la máxima seguridad de México solo para protegerle y que no le pasara nada.

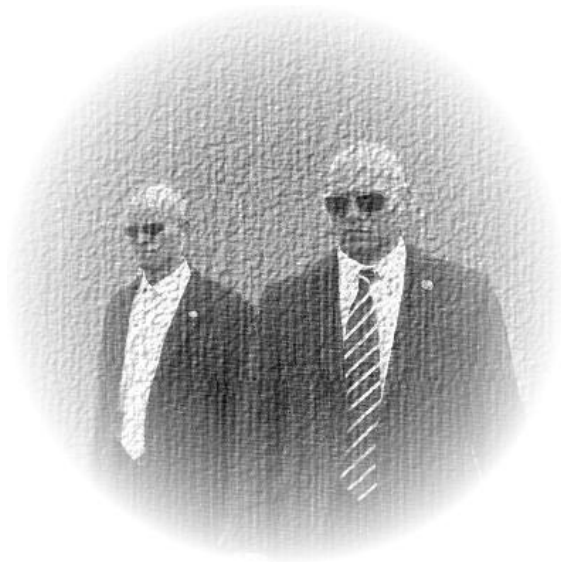
– ¿Por qué estáis aquí? – les pregunta Juan, aún asustado por no saber la razón por la que se encontraban en su casa dos policías. Los dos señores, con madurez y de la manera más apropiada, sin querer que el joven se pusiera aún más nervioso de

lo que ya estaba, le dicen: “estamos aquí para protegerte, para que no te suceda nada malo”.

– Pero... no entiendo para qué– respondió Juan.

Juan no sabía nada acerca de su familia, de cómo estaba por aquel entonces. Solo había vivido con su madre hasta que él tenía cuatro años de edad. Su padre no lo reconoció jamás porque, como le había contado su madre, había muerto a causa de una terrible enfermedad en los pulmones. Pero en verdad no fue así.

Su padre era un verdadero criminal, jugaba, robaba, traficaba con mujeres de muy poca edad, o sea adolescentes, bonitas, inocentes, con un cuerpo perfecto como las querían... Cuando Juan se enteró de esa verdad cruel, su mundo se destrozó y se le cayó encima. Los policías, viendo que el muchacho se había puesto mal, trataron de calmarlo. Sin embargo, ya no era imposible.



– Pero, pero aún no entiendo. – dice Juan rápidamente–. ¿Qué tengo yo que ver con toda esa historia cruel, maldita?

– Mira, Juan, – dice uno de los señores que estaban con él–. Tu padre no murió a causa de una enfermedad. Él se suicidó porque tenía muchísimas deudas con toda la banda del tráfico de mujeres.

Ellos se han enterado de tu existencia y te están buscando por todo el mundo por dos razones:

– Primero, para hacerte pagar todas las cosas y el dinero que tu padre les había prestado, que no era poco sino millones, o sea, quieren que seas UNO de ellos, y segundo, matarte por venganza.

Pero Juan era todo lo contrario a su padre. Era joven, trabajador, honesto y nunca molestaba a nadie. Sin querer las lágrimas esconden sus ojos bonitos azules pero ya no podía secarlos. Esa verdad que supo lo destrozó.

Les pidió a los señores que lo dejaran solo y eso hicieron. Mientras se iban le dijeron a Juan: “desde este momento, ya conoces la verdadera historia y de ahora en adelante estarás bajo nuestros cuidados, así que no te preocupes por lo que está pasando. “Verás que todo se va a solucionar” – dicen ellos a la vez. Agradeciéndoles todo a los señores, cierra la puerta y se pone a llorar.

Pues, es normal, ¿no?

Él pensaba que su padre había sido un hombre honesto, incapaz de hacer algo a alguien pero la verdad era todo lo contrario.

¿Por qué me habrá mentido de esa manera mi madre? ¿Por qué siempre me decía que él me amaba y me cuidaba cuando no era así? ¿Habrá sufrido mi madre al lado de él?

Esas preguntas se las hacía a él mismo pero sin obtener ninguna respuesta, solo lloraba sin saber qué hacer.

Sentía que ya no tenía fuerzas para seguir adelante. Ahora ya estaba con los pies bien puestos en la tierra. Como tenía 18 años ya era la hora de tomar una decisión acerca de qué iba a estudiar.

Esta verdad que supo lo hizo decidirse a estudiar para conseguir justicia y para ser un futuro jefe fiscal.

La única cosa que tenía en mente era atrapar a esos criminales y destruir la banda de tráfico de mujeres.

Con la rabia que sentía hacia su padre y con la pena por todas esas muchachas que habían sufrido sin ninguna culpa las acciones de estos monstruos que decidían sobre ellas y sus cuerpos... motivado por todo eso logró estudiar en la facultad de Derecho y diplomarse como el futuro jefe fiscal que tenía un solo objetivo.

¿Cuál era ese objetivo tan grande de un muchacho de 23 años? Destruir la banda de tráfico de mujeres, meter en la cárcel de por vida a los criminales de la banda y, lo más importante, liberar a todas las chicas que desde hacía mucho tiempo seguían encerradas en el infierno durante la etapa más bonita de sus vidas, la adolescencia, la juventud.

Todo este tiempo que había estado bajo la protección de los dos agentes de la policía, había aprendido muchas cosas y eso lo ayudó a que se diplomara con un promedio excelente en la universidad.

La policía de México hizo un buen trabajo y logró destrozarse la banda creada y atrapar a todos. Querían a Juan para hacerlo uno más de ellos pero nunca lo lograron. Sin embargo, sus deseos fueron cumplidos a la hora del juicio y, como por ironía del destino, fueron juzgados precisamente por Juan, del que tanto querían vengarse y hacerle pagar por todo lo que su padre les había hecho.

Era de esperar una actitud muy fría de Juan. No sentía ninguna piedad por los criminales malditos como Juan los llamaba y los condenó a que pasaran todo el resto de sus vidas en la cárcel, aislados de todo y de todos. Juan ya se sentía más tranquilo por haber liberado a todas las mujeres y por el éxito que había logrado gracias a este caso tan importante.

Ya había tomado las escaleras hacia el éxito profesional y en su vida íntima.

¿Qué pasó? dirán ustedes, ¿encontró el amor?

Pues sí, lo encontró.

Se lo contaré otra vez que nos veamos...

Elisabeta Frroku
Universidad de Tirana, Albania

Cuando la araña te mata

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Nadie respondió pero como respuesta Juan oyó de nuevo el timbre. Se quedó un momento pensando inquieto detrás de la puerta. Corrió a la cocina e intentó mirar afuera desde de la ventana, pero nada. Se sentó de nuevo en el sillón y volvió a ver la tele, sin embargo el fantasma insistió de nuevo. Entonces Juan, con el terror que lo había captado, abrió la puerta y en un segundo se encontró a sí mismo en el suelo. Dos hombres lo tomaron por la fuerza y lo tiraron en un coche. En un par de minutos, Juan vio a Franco, el jefe de la droga de su ciudad.

Amenazándole, él le pidió su plata. Le dio un último límite: si no le entregaba en un plazo de 15 días el dinero, Juan dejaría de existir. Para que olvidara la dirección del lugar donde se encontraba Franco, él lo drogó.

Así, medio muerto, Juan andaba por las calles de esa fría ciudad. Caminando por ese parque, recordaba llorando toda su infancia, todo el desarrollo de su vida, sus risas y las lágrimas que alegraron su vida. Recordaba sus juegos, su mejor tiempo con su familia. Maldecía el primer momento, ese maldito día en la vía del ferrocarril, el peor día que había abierto la puerta a los malos días de su vida: el día de la muerte de su padre.

Tratando de librarse del encargo que iba a tener, de ese sentimiento que lo agotaba, probó las drogas por primera vez. Y

después cada vez más. Ese niño de 18 años, ya abandonado por el destino, con una pobre madre que trabajaba sin parar, una mujer con el alma rota en mil pedazos tras la muerte de su esposo. Mantenía su casa, cuidaba de su hija de ocho años y de su hijo al que tanto necesitaba. Lloraba el pobre Juan en el medio del parque, tanto lloraba que se desmayó. Una chica que vio toda la escena llamó una ambulancia y se acercó para verlo. Después de unas horas, Juan abrió los ojos, intercambió la mirada con la desconocida y se quedó así durante algunos momentos. Quitó la mirada de ella y le pidió agua. Después, ella le contó lo que había pasado. Juan vio que había llegado la noche y le pidió a la chica que lo sacara del hospital. Ella le dijo que no. Al ver Juan que ella no aceptaría a sacarlo de ahí, le pidió algo de comer. Y en cuanto ella se fue para traerle la comida, Juan aprovechó ese momento, se levantó con un enorme esfuerzo y se escapó del hospital. La joven cuando volvió al cuarto, vio la cama vacía, lo llamó pensando que estaba en el baño pero en un instante volvió la mirada y vio la ventana abierta. Él se había escapado.



Había pasado una semana desde aquel día en el hospital. Juan se fue de nuevo a ese parque recordando ese día y lo que había pasado con Franco. Se asustó y así asustado se volvió a casa. Abrió la puerta, vio a su madre llorando con la foto de su

padre. Temblando, decía algo bajito. Juan se acercó más a escuchar a su madre. Ella estaba pidiéndole ayuda a Dios y a su esposo. Se encontraba en un callejón sin salida, en una deuda que la estaba matando poco a poco. Se arriesgaba a perder todo, lo poco que le había dejado su marido, el techo de la casa por la que tanto había luchado durante toda su vida para construirla. Se arriesgaba a quedarse en medio de la calle, sin oportunidades, sin derecho a proteger lo que era suyo. Según ella, también iba a perder a sus hijos, porque ellos la iban a odiar por perder lo único que les había quedado de su padre después de su muerte. La iban a odiar por ser incapaz de luchar contra alguien para defenderlos, incapaz de tomar algo que le correspondía ya desde hacía años. La pobrecita prefería morir a perder el amor o tener la lástima de sus hijos o, peor todavía, ser una carga durante todas sus vidas. Ella no quería eso. Juan escuchó todo sin decir nada. Por primera vez, vio a su madre como un ser humano, no como el dios que él imaginaba. La vio perder toda su fuerza, su camino, hundirse más y más en la desesperación. Escuchó algo que no sabía antes. Escuchó cómo su padre, para obtener lo que era suyo, había tenido una guerra con sus hermanas, las cuales querían ampliar su fortuna mucho más de la que tenían y no preguntaban de quién era lo que ellas querían tener. Y ahora su madre estaba en una deuda con un supuesto amigo de la familia, el cual quería o había puesto como condición una cosa: Que si no pagaban la deuda que tenían, la familia de Juan tendría que abandonar la casa y se la quedaría. Él sería el nuevo patrón de esa casa. Todo el mundo de Juan se hundió. Todo ese momento de confesión de la verdad fue interrumpido por la hermana de Juan, Nina. Ella entró en la casa mientras que Juan corrió a su habitación. Su madre dejó la foto y la vio. Se fue a la cocina limpiando su cara. Los llamó desde la cocina para comer. Juan no podía comer nada después de lo que había descubierto. Pensaba solo en lo que iba a pasar si no pagaban la deuda, al mismo tiempo que pensaba cómo conseguir ese dinero. Esa misma noche, Juan salió por la ventana, ya se había acostumbrado a huir, para ver a Franco. Se encontraron en la esquina de su barrio.

– Creo y espero que me hayas traído aquí a esta hora de la noche, interrumpiéndome los planes que estaba haciendo, para traer mi dinero. Me lo has traído, ¿no?

– No.

– ¡Quéee! ¿Y qué hago yo aquí contigo? Te recuerdo que te faltan unos días para traer mi dinero. O empiezas a pensar cómo lo vas a hacer o empiezas a despedirte de tu familia.

– Te llamé para pedirte ayuda y hacerte un favor al mismo tiempo.

– ¿Tú me vas a hacer a mí un favor? Por favor. Lo único que tú me puedes hacer es devolverme mi dinero. Muñequito, tengo miles de personas que pueden hacer todo lo que yo quiero, es más, matarse los unos a los otros para cumplir mis deseos. ¿De qué me sirves tú?

– Sé que estas planeando robar el banco de la ciudad. Yo te puedo ayudar a hacerlo sin que nadie sospeche de ti. Además, lo puedo hacer esta misma noche.

Y le tocó la cara con un cuchillo.

– ¿Has robado alguna vez?

– No.

– Jajaja. Tú, nene de mamá, quieres robar para mí el banco, tú que no has robado ni un chocolate de una tienda pequeña. Esos trabajos quieren gente que sea especialista en esto. Yo no puedo arriesgar todo por ti.

– Te juro que si me atrapan no te voy a nombrar nunca. Nadie sabrá tu nombre aunque me maten.

– ¿Y qué quieres tú a cambio?

– Dinero.

– ¿Quéeee? ¿Máaas? Tú de verdad estás loco. Piensas que voy a gastar más de mi fortuna por ti. Hazme el favor.

– Necesito ese dinero para ayudar a alguien muy especial para mí. Necesito salvar a mi familia de la ruina. Tú sabes que mi padre ha muerto. Lo sabes desde el primer encuentro que hemos tenido. Ahora mi familia tiene una gran deuda con una persona. Necesito salvar mi casa.

– Es muy peligroso. No puedo dejar todo en tus manos.

– Por favor, te lo ruego, ayúdame.

– Bueno, vete. Haz lo que tienes que hacer y te espero en el lugar donde nos encontramos la primera vez, en la vía.

– Vale. Nos vemos en una hora y media.

Juan se fue al banco. Con cuidado entró desde la terraza. Miró una vez hacia el cielo antes de entrar ahí.

– Perdóname, papá. Pero tú sabes muy bien por qué estoy haciendo eso. Tengo que hacerlo. Ellas no deben sufrir más.

Entró en el banco, se fue hacia la caja fuerte, la abrió despacito, sin ruido. Tomó todo el dinero que había ahí e intentó irse. Pero en cuanto dio el primer paso, la alarma se activó. Todos los guardias corrieron a la sala mientras que Juan se escapó por el techo. Salió desde el mismo lugar por el que había entrado ahí. Subió a su moto y se dirigió a la vía del ferrocarril. Ahí lo esperaba Franco con el dinero.

– No va a venir.-dijo Franco.

– Se va a quedar con todo el dinero si logra robarlo.

De repente, escuchó el ruido de la moto. Juan apareció delante de él.

El empezó a reír.

– Mira el nene. ¡Bienvenido entre los malos!

– Yo terminé mi trabajo, ahora te toca a ti hacer el tuyo.

– De verdad no lo esperaba. Enhorabuena, muchacho. Te pertenece toda la cantidad de dinero que quieres. ¿Seguro que no te vio nadie? Y lo que es más importante, ¿no te siguió nadie?

– Sí, seguro.

– Toma son tuyos. Y algo más, no me debes nada ahora. Si alguien se entera de eso vas a sufrir las consecuencias.

– No te preocupes. Nadie se va enterar de lo que pasó.

Juan se fue a su casa. Escondió el dinero en el bolsillo de su camisa. Ya había amanecido. Se fue a su habitación e hizo como si hubiera estado durmiendo toda la noche. Salió de la habitación después de unos minutos. Comió algo muy rápido y se fue al bar a tomar una cerveza. Entró en la puerta del bar, pidió una cerveza y cuando vio a la camarera se sorprendió. Era ella, la desconocida del parque. Ella lo miraba sin parar.

Tomó una cerveza y se acercó a la mesa donde se encontraba él.

– ¿Por qué te fuiste aquel día?

– Tenía algo muy importante que hacer. No podía quedarme en la cama del hospital.

– ¿Cómo estás?

– Bien –dijo sin el menor interés.

Ella no insistió más. Se quedó cerca de él, contemplándolo tranquila. Él empezó a sentirse incómodo; levantó sus ojos e

intercambió de nuevo la mirada con sus frágiles ojos. En este momento alguien rompió la puerta del bar amenazando a los clientes. Él la tomó del brazo y se escondió detrás del bar. Él sabía quiénes eran esos hombres y a quién estaban buscando. Ella, temblando, lo abrazó como si quisiera que él la protegiese para siempre. Cuando los espantosos hombres se fueron del bar, ellos seguían abrazándose muy fuerte. Se separaron y ambos estaban con la mirada baja; ella se lo agradeció y se fue corriendo. Él empezó a caminar hacia la casa de su deudor. Llamó a la puerta. Y le dio el dinero, tomó un papel donde decía que la casa era de la familia de Juan y que la deuda ya no existía más. Y lo mandó ir a su casa para entregar el papel a su madre, pero lo acompañó él hacia la puerta diciéndole que nadie tendría que saber que él había pagado la deuda. El señor le entregó el papel de la casa a la madre de Juan diciéndole que la deuda ya había desaparecido, que alguien la había pagado pero no quería decir su nombre. Y se fue. Juan esperó unos momentos detrás de la puerta y después entró en la casa. Y vio de nuevo a su madre con la foto de su padre como unos días atrás pero hoy estaba feliz, besaba la foto y agradecía a su marido y a Dios. Su hermana bailaba y cantaba por la casa. Él se fue a su cuarto en silencio sin que nadie supiera que había llegado. Intentó dormir. Cerró sus ojos y de pronto vio a su padre, el cual estaba llorando y rogándole que se alejara de esa gente.

A la mañana siguiente, se despertó sin darle importancia a su sueño. Comió en el comedor de su casa. Se vistió y salió al frío. Se fue al bar con la esperanza de verla a ella. Ahí lo estaba esperando hasta que ella terminó su turno y salieron al parque.

– Háblame de ti. –le dijo ella.

– Bueno, yo soy Juan. He terminado la secundaria, vivo con mi madre y mi hermana. Yo no tengo ni sueños, ni ilusiones. Ese soy yo. ¿Y tú?

– Yo soy Isabela. Tengo 17 años; trabajo en el bar; estoy en la secundaria; vivo con mi familia. Me gusta la música y ayudar a la gente, especialmente a los que se desmayan en el parque. Y no, no creo que tú seas quien me has contado. Hay algo más en ti, algo más profundo que tal vez ni tú mismo sabes. Me lo dicen tus ojos. ¿Y qué pasó con tu padre?

– No quiero hablar de eso, por favor.

– Bueno, y ¿qué vamos a hacer ahora?

- No sé. ¿Qué piensas tú?
- ¿Y si bailamos, cantamos?
- ¿En el medio del parque? La gente va a pensar que somos un par de locos.
- Qué importa, por lo menos somos dos locos que andan por las calles. Pero si no te parece bien, lo dejamos.
- ¿Quééé? No.

Y empezaron a bailar, a cantar y a reír felices.

Juan acompañó a Isabela hasta su casa y se fue. Cuando entró en su casa, Juan se sentía por primera vez desde hace tiempo feliz y en paz. Besó a su hermana y a su madre. Ellas, sorprendidas de ese cambio, se miraron la una a la otra. Durante la comida lo miraban extrañadas pero él no veía nada de lo que estaba pasando delante de él. Estaba todavía en el parque. Así de contento pasó esa noche. A la mañana siguiente, ansioso, se fue de nuevo al bar. Ella seguía esperándolo y así pasó una semana, con sus encuentros, sus risas, felices y locos. Se habían hecho muy amigos o tal vez más, pero ni el uno ni el otro podía decir nada.

Era el aniversario de la muerte de su padre. Él no quería salir de la casa tampoco con ella a pesar de que ella le había dicho que lo iba a esperar por la tarde. Pero él la rechazó. Y quedaron en verse a la mañana siguiente por la mañana. Él estaba muy, muy mal. No podía respirar. Abrió el cajón de su armario, sacó de un bolso la droga que había escondido. Trató de no caer en la tentación pero le fue imposible, no podía hacer nada en contra de esa tentación. Tomó mucha droga pero todavía recordaba lo que pasó. Y tomó más pero esta vez no solo droga sino también alcohol. Así, en esas condiciones, se culpaba a sí mismo por lo que había pasado ese día, se culpaba a sí mismo porque no lo había acompañado ese día, porque no había muerto él en vez de su padre. Y así escribió una carta. Casi se estaba cayendo en el suelo cuando su madre llegó a la casa. Ella gritó con toda su fuerza cuando vio a su hijo así. Él cayó en el suelo cuando vio el peso del dolor que la rodeaba a ella y a su hermana. Ambas lo llevaron al hospital pero ya era muy tarde. Él finalmente estaba ahí donde había querido durante todos esos años, al lado de su padre. Su madre y su hermana ya estaban derrotadas. Su madre se enloqueció pero aun así quiso enterrar a su hijo. Cuando volvió a la casa, ella leyó la carta:

– “Sí, señores y señoras, me entierran a mí. Hoy estoy llegando al paraíso y es la primera y la última carta que escribo. Sé muy bien lo que va a pasar ahí abajo, en la tierra. Lo tengo aquí, en mi cabeza. Sé que en mi entierro estarán solo mi madre y mi hermana porque yo no tenía a nadie más ahí, no tenía amigos ni otros familiares. Bueno, de hecho la vida me regaló una amiga, la cual me está esperando en el parque, en nuestro parque, vestida con su vestido azul y con sus pelo liso. Estará mirando la hora a cada instante y me buscará; su mirada, sus ojos me buscarán pero no me encontrarán nunca. Veo a mi madre en una silla de ruedas llena de medicinas, llorando, y mi pequeña hermana la acompaña. Les pido perdón a las tres por el daño que les he causado pero es mejor así, mejor que yo esté muerto, al lado de mi padre, que causándoles más broncas ahí abajo. A mi padre lo atropelló un coche pero a mí me comió algo más grande; algo contra la que no se puede luchar; algo que te hace incapaz, paralítico; algo que siempre al final te mata. Si entras en la puerta de su casa, no saldrás nunca. Por eso le pido perdón a mi familia; por dejar que el dolor me matara de una manera muy violenta, muy fea, de una manera sin solución, sin salida.

Lo único que te salva es no caer en su trampa nunca porque ella te quita todo. Te deshace como hombre. Algo que yo no hice y mira dónde estoy hoy, bajo la tierra, terminando mi vida antes. Me suicidé yo mismo, corté mi vida, mis sueños, mis deseos, mis derechos. ¿Y para qué?

Para olvidar por un instante lo que me pasó, para enriquecer a gente como Franco. Él, sí, sigue vivo y nadando entre sus millones, millones que sacó de pobrecitos como yo. ¿Y qué gane yo? Solo la tierra encima de mi cuerpo. Es eso lo que la araña te hace, te atrapa, te bebe toda la sangre y al final te mueres. Adiós, mundo, que no me ayudaste salvar mi espíritu y mi cuerpo. Adiós, mundo, que no me enseñaste a ser fuerte. Adiós, madrecita, que lloras por mí. Adiós, hermanita, que te dejé sola cuando más me necesitabas. Adiós, amiga, que me esperas en la lluvia y bajo el cielo gris con la esperanza de que yo vuelva.

¡ADIÓS!

Xhuljana Gjuzi
Universidad de Tirana, Albania

El mundo de colores

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Nadie contestó. Abrió la puerta. No había nadie. Vio que habían dejado una caja en la puerta. Se quedó pensando quién podía haber dejado esa caja. Cerró la puerta y abrió la caja. Dentro de la caja había un anillo y una carta.

Juan:

Sé que no te va a gustar para nada esa carta. Ya es inútil que volvamos a estar juntos. Entre nosotros dos no existe nada. Te quise mucho, tú lo sabes, pero ya no más. Aquí tienes los documentos del divorcio. No creo que estés en contra del divorcio. Te deseo todo lo mejor.

*Adiós,
Ana*

– Cómo voy a estar en contra del divorcio, materialista. No quiero nada de ti, voy a firmar con placer, estúpida.

Ana fue su esposa durante algunos años y Juan la quiso mucho pero ella resultó ser una materialista. Se casó con él solo por su dinero y en el momento en que Juan perdió todo, ella lo dejó. Y lo peor no fue solo eso, Ana ahora tenía una relación con el mejor amigo de Juan. Todo eso fue un golpe fuerte para él. Le dolía pensar que durante todos estos años no había podido conocer a su

esposa, conocer qué se escondía detrás de esa cara tan bonita y dulce.

Esa carta no era algo nuevo para él. Además, Juan pensó que era una descarada por haber enviado una carta.

Juan era un hombre tranquilo y amable. No tenía amigos. Ya había perdido la fe en la gente y todo a causa de la traición de Ana y de su mejor amigo. Vivía solo en un departamento pequeño. Hacía una vida tranquila y monótona. No tenía a nadie. Desempeñaba su trabajo no con ganas, lo hacía por deber, no porque quería. Trabajaba en una empresa de periódicos. Cada mañana distribuía periódicos por toda la ciudad. El resto del día lo pasaba en su departamento viendo la tele o dando un paseo por el parque. En pocas palabras: vivía porque sí y ya está.

“Salí de mi casa para distraerme un poco. Quería solo caminar. Caminando podía sentir el aire, escuchar los trinos de los pájaros. En esos momentos no quería pensar en nada, solo disfrutar la naturaleza”.

– Por favor, ¿me puedes dar algo?, tengo hambre.

“Un niño rompió toda esa unión entre la naturaleza y yo. Era un niño de la calle que pedía limosna. En ese momento me mostré egoísta, no le di nada y seguí caminando. Quería solo estar tranquilo y no pensar en nada.

– Por favor, señor, deme algo, hace dos días que no he comido nada. Por favor. Nadie nos hace caso cuando pedimos algo para comer.

“Escuchando esas palabras me quedé perplejo. Mis piernas no podían caminar más. No podía imaginar que un niño de esa edad había pasado tantas horas sin comer nada. Era un niño de no más de cinco o seis años, moreno, con ojos azules. El niño estaba delante de mí y me miraba sin parar. Sus ojos me rogaban. Le cogí de la mano y lo llevé a una tienda, le di de comer lo que quería. No puedo explicar lo feliz que era, estoy seguro de que en su vida había visto tanta comida. Los ojos le brillaban de felicidad. Comía sin parar. Verlo así... me dolía... Era tan pequeño, lo único que quería era comer y nada más. En esos momentos recordé mi infancia. A la edad de ese niño, yo tenía lo que quería, jugaba con mis juguetes, tenía muchos amigos, cada día en el colegio... una infancia que

cualquier niño puede tener pero ese niño no. Recordando todo eso, me sentí culpable aunque no era mi culpa.

Comía... comía y me agradecía todo el tiempo"

– Gracias, señor, muchas gracias.

Vi que no se había comido todo el pan y que se lo llevó.

– ¿Qué haces? – le pregunté

– Puedo estar sin comer durante horas o días, así que voy a ahorrar ese pan. Gracias, señor, Dios te bendiga.

Se fue, quería preguntarle su nombre pero se fue, se perdió por las calles.

Seguí el camino... A cada momento pensaba en el niño...pensaba en él. Aquella noche no pude dormir. No podía olvidar esos ojos que me agradecían cada momento. No podía olvidar esa voz que me rogaba. No podía olvidar a ese niño, no podía...

Al día siguiente, pasé por el mismo camino donde había encontrado al niño, pero no lo vi. Quería encontrar otra vez al niño y pasaron varios días hasta que un día por casualidad lo vi.

– Eh, niño...niño, ven aquí. Voy a comprar algo de comer. ¿Te acuerdas de mí?

– Sí, señor, pero no estás obligado a ayudarme cada vez que me veas. Ya sé que eres un buen hombre. Ojalá que pueda encontrar cada día hombres como tú.

– ¿Cómo te llamas?

– Ángel.

– Qué bonito nombre. Mira, Ángel, yo soy Juan y quiero ayudar. Permíteme ayudar. Venga, desayunemos juntos.

– Cuéntame algo de ti.

– Tengo seis años, ando todo el día por las calles pidiendo a la gente algo para que yo pueda vivir. Paso todo el día "molestando" a la gente. Esa es mi vida. A veces, en vez de darme monedas, me dan insultos. Deseo cada día poder ganar algo para mantener a mi familia.

"Dios mío, tenía solo seis años y nunca imaginé que podía escuchar esas palabras de un niño".

– ¿Y tu familia?

– Vivo con mi mamá y con mi hermano pequeño. Mi padre murió cuando yo tenía solo cuatro años. Mi mamá no trabaja así que

estoy obligado a salir para pedir limosna. Ya estoy acostumbrado a todo eso. No soy el único, hay otros niños como yo.

– Toma este dinero.

– No, señor, no puedo aceptar. Ya es suficiente con la comida.

– Toma, y durante dos días no te quiero ver por las calles. Quédate en casa, pasa un poco de tiempo con tu mamá y con tu hermano. Este dinero es suficiente para dos días.

– Señor, tanto dinero no lo puedo ganar en dos meses, es mucho.

– Durante dos días disfruta de tu infancia, juega con tus amigos. ¿Vale?

– Gracias, señor, muchísimas gracias.

– Ahora vete a tu casa.

– Señor Juan, ¿por qué me estás ayudando?

– Porque quiero ayudarte y ya. Vete ahora.

“Era más que feliz, los ojos azules brillaban. Viendo esa felicidad en sus ojos me sentí muy bien. Hacía mucho tiempo que no sentía ese sentimiento.

Sin darme cuenta me aficioné a Ángel. Era un niño diferente a los demás. Había algo en él que a mí me hacía quererlo. Era un niño único que no merecía esa vida. Pero así es la vida, así es el destino.

Dos días pasaron muy rápido. Ángel ya estaba otra vez por las calles. Ya tenía como costumbre encontrarme cada día con él. No podía explicar por qué me pasaba eso. Tal vez porque no tengo a nadie, y un niño es un buen amigo para mí, porque sé que nunca me va a mentir y abandonar. Porque un niño es sincero y tiene un alma limpia, y de todo eso necesito yo. De repente, Ángel se convirtió en mi familia y tal vez, en él podía ver al hijo que no había tenido la oportunidad de tener. Tengo que aceptar que no tengo más que a él”

– Hola, Ángel

– Hola, señor Juan

– Ya no me digas señor, yo soy tu amigo, llámame Juan.

¿Qué hiciste en estos dos días?

– Jugué todo el día con mis amigos.

– ¿Cuál es tu juego preferido?

– El fútbol.
– O sea, tu sueño es hacerte futbolista.
– No, yo dije que es mi juego preferido, no mi sueño. Mi sueño es hacerme un gran pintor.

– ¿En serio?!

– Sí, me gustan los colores. Y quiero que todo el mundo sea de colores. Que todos los niños sean felices como colores. Aunque mi vida es gris, mis ojos ven siempre con colores. Sé que es mi destino pero yo voy a cambiar, no sé cómo, pero lo voy a cambiar. Ya verás, un día no me vas a ver andando por las calles. Vas a conocerme por mis pinturas, ya verás.

“Aunque la situación alrededor de él era pesimista, Ángel era optimista y eso es lo que más me gustaba de él”.

Los días pasaban y yo pasaba más tiempo con Ángel. Era un ángel como su nombre, que entró en mi vida para dar colores felices, como él decía. Mi vida era de colores y yo la veía en gris, mientras la vida de Ángel era gris y él la miraba con colores. Desde el momento en que yo conocí a Ángel, me di cuenta de que el mundo era cruel con personas que no lo merecen. Ángel estaba seguro de que iba a cambiar su destino y yo decidí echarle una mano para cambiarle su destino”.

– Hola, Angelito, tengo un regalo para ti.

– ¿En serio?

– Mira, te compré colores y papeles para que puedas pintar.

– Ay, qué bonitos colores. Gracias, Juan. Muchas gracias. Dios te bendiga. Gracias, Dios mío, por haber traído a mi canino a ese hombre tan bueno.

– No, yo tengo que agradecer a Dios por haber traído un ángel como tú a mi vida.

“No me gustaba ver a Ángel por las calles. Las calles eran muy peligrosas para él. Mucha gente lo insultaba y a veces lo maltrataba, ya ha pasado que algunos señores lo hayan pegado. Me da tanta rabia esa gente. Los adultos son egoístas. No pueden regalar un centavo y hacer feliz por algunos minutos a un niño o tal vez a una familia. Me arrepiento mucho por haber ignorado la primera vez a Ángel. No es culpa de él que hubiera nacido pobre. No escogió él esa vida.

Le había prometido a Ángel que iba a ayudarlo. Quería lo mejor para él. Quería verlo en la escuela y no en la calle. Mi sueldo era muy poco para que Ángel no volviese más a pedir limosna. Porque no era solo él, sino también su mamá y su hermano. Un día me fui a una asociación de ayuda a los niños de la calle. Esa asociación ayuda a todos los niños pobres. Les dan comida, les enseñan cosas, ofrecen diferentes actividades, etc. Registré el nombre de Ángel y de sus amigos. Registré mi nombre como voluntario para ayudar a los niños y, claro está, para quedar más cerca de Ángel. Me sentí más tranquilo porque Ángel iba a pasar poco tiempo en la calle”.

– Juan, ¿dónde me estás llevando?

– Es una sorpresa. Seguro que te va a gustar.

Entramos. La cara de Ángel era otra.

– Estoy soñando.

– No, es real, Ángel. Acabas de entrar en el mundo de los niños, en el mundo de los cuentos, en el mundo de los juguetes y en el mundo de los colores.



“Era la primera vez que vi a Ángel sentirse como un niño. Porque la vida lo había convertido en un adulto antes de tiempo. Se sentía feliz, pensaba que era un sueño que no quería terminar nunca.

Los días pasaban, yo estaba cerca de Ángel, veía cómo crecía, cómo jugaba, cómo sonreía, cómo pintaba. Mi vida era más bonita y más activa. Vivía en el mundo de los niños y a veces me sentía como ellos, un niño. Estaba feliz. Felicidad que había olvidado como sentimiento.

Lo más bonito fue cuando la asociación organizó un concurso de talentos. Todos los niños iban a participar cada uno con su talento. Al final iban a escoger un ganador para cada categoría. Ángel, claro está, iba a participar con un dibujo. Todos los niños eran muy creativos. Cada uno haciendo lo que más les gustaba. A través del dibujo de Ángel podía ver su mundo. Estaba lleno de colores.

Al día siguiente se iban a presentar los ganadores. Me desperté temprano para terminar más rápido la distribución de los periódicos y luego ir a la asociación. Tenía una costumbre, que nunca leía los periódicos”.

– Buenos días, señor. Aquí tiene su periódico.

– Gracias. Vamos a ver qué tenemos hoy. ¡Ay, otro niño muerto!, pues claro si estás por las calles todo el día, algo malo te va a pasar. Uno menos en la tierra y uno más en el cielo. De verdad que te molestan diciendo “por favor dame algo, señor”. De verdad que te fastidian.

“Temblé. Abrí el periódico y...”

– No, no puede ser, no”.

– No es para tanto, hombre.

– Qué dices, imbécil, no es para tanto. Es mi Ángel, mi Ángel... Te voy a romper la cara, imbécil.

“No podía ser verdad. No. No mi Ángel”.

Un año después

– Hola a todos. Estamos aquí hoy para inaugurar esta institución para los niños. Aquí, los niños pueden vivir, estudiar, hacer todo lo que merece un niño. Vivir su infancia de la manera mejor posible y sobre todo rodeada de amor. Gracias por estar aquí

hoy. Agradezco mucho al señor Juan por su incitativa y su idea. Señor Juan, le invito a decir algunas palabras.

– Hola a todos. Hoy se ha cumplido un sueño, hoy alguien está sonriendo desde el cielo, hoy estamos salvando vidas. Quiero presentar este edificio llamado “El Mundo de Colores Ángel Díaz”. Esta institución es el mundo de los niños. Quiero agradecer a todos los que hicieron posible esta maravilla y gracias a todos por haber creído otra vez en la gente. Con todo eso entendí que hay buenas personas con buenas intenciones. Gracias.

“Durante un año hice lo imposible para crear esa institución. Toqué en cada puerta, contacté con cada empresa para hacer posible todo eso. No renuncié ni un minuto aunque las respuestas eran negativas. Lo hice todo por Ángel, por sus amigos, para que no tuvieran el mismo destino que Ángel. Por todos los niños con los que la vida se mostró un poco cruel, por todos los niños que andan por las calles para vivir. Por todos los niños que tienen grandes sueños como Ángel. Por ti, Ángel, que no pudiste hacer tu sueño realidad. Por ti, Ángel, que no pudiste ser famoso como pintor, pero hoy tu nombre es conocido por todos los niños. Y para ellos tú eres un salvador.

“Ángel ya es un ángel que protege a sus amigos desde el cielo, lo mismo que hizo aquel día. Murió protegiendo a su mejor amigo. Dos chicos habían insultado a su amigo y él se sintió responsable de protegerlo. Les había pegado a los chicos y ellos, malditos, lo habían golpeado como si fuera un animal hasta matarlo.

“Hoy estoy aquí solo y al mismo tiempo rodeado de gente y de niños maravillosos. Mi alma murió el día que murió Ángel. Ahora sólo vivo para los niños y para el mundo de colores”.

Eda Sina

Universidad de Tirana, Albania

Juan y su amigo especial

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

Nadie contestó.

Distraído en sus pensamientos, por un momento Juan pensó que habían sido los niños del barrio que jugaban alguna vez tocando a las puertas o que le había parecido a él que habían tocado en la puerta; ya que esa mañana, no solo el día había comenzado de una manera diferente, sino que también Juan se sentía distinto. No obstante, con toda la indolencia que tenía, Juan se fue a la cocina para preparar algo para el desayuno. Totalmente abstraído, él no estaba entendiendo por qué se sentía así ese día, completamente distraído, por qué no podía concentrarse en nada, y por qué tenía esa paranoia sobre las cosas que iban a pasar, aunque no quería creerlas, pensando que este estado venía como consecuencia del cansancio que tenía esos días. En estas condiciones, Juan pensó que tenía necesidad de descansar y decidió llamar al trabajo para pedir el día libre.

Apenas se sentó para comer, tocaron otra vez a la puerta. Enfadado esta vez, pensando que los niños del barrio querían burlarse de él, se levantó de prisa para abrir la puerta. Pero en el momento que la abrió quedó congelado en la puerta. Con la vista que tenía de frente no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. No podía ni pensar más, ni hablar una sola palabra.

¿Qué era esta criatura extraña que se encontraba en la puerta de Juan?

Alto, con los ojos extraños, grandes y negros, con esa boquita muy pequeñita, sin pelos, con un color de piel como azul o verde que no podía determinarse exactamente, con brazos y pies largos y delgados.

La criatura entró dentro de la casa y cerró la puerta, mientras que Juan caminaba por detrás absolutamente distraído y no podía entender qué era este tipo de especie y qué estaba pasando. Juan se sentó en el sofá y al cabo de algunos segundos empezó a hablar con la criatura.

– ¿Quién eres tú? ¿Qué buscas aquí? ¿Has confundido la puerta o quieres hacerme alguna broma? Dale, quítate este disfraz, que pareces muy ridículo. Y además que hoy tampoco es Halloween, segurísimo que has confundido el día.

La criatura solo miraba a Juan cuando hablaba y no respondía.

– Oye, ¿me escuchas o estás sordo?; ¿Quieres que te ayude yo a quitarte este traje o qué?– gritó Juan.

En el momento en que Juan extendió las manos para quitar la supuesta máscara, la criatura agarró las manos de él, y los dos se quedaron durante algunos minutos así, mirándose el uno al otro a los ojos.

Cuando la criatura separó sus manos de Juan, entonces empezó a hablar.

– Yo soy un extraterrestre, y ahora que te atrapé las manos, quería pasar tu lengua por mi mente, si no, no podríamos conversar, porque en mi mundo nos enteramos solo mediante la mente. Y nosotros hemos llegado a la tierra para estudiarlos a ustedes.

– ¿Qué, qué?; ¿Tú eres...? ¿Ustedes...? Pero, ¿qué estás diciendo?, estás loco, ¿o qué? –balbuceaba Juan, totalmente sorprendido-. ¿Y qué quieres decir con ‘hemos llegado’? ¿Cuántos estáis aquí, en la tierra?

– Si de verdad quieres saber la respuesta a estas preguntas, ¿estás dispuesto a acompañarme para enterarte, de cómo y cuántos somos nosotros? – preguntó el extraterrestre.

Durante algunos instantes Juan quedó pensativo, no sabía qué hacer. Cómo podía creer en este tipo que aparecía de la nada. Aunque estaba un poco asustado, con toda la curiosidad que tenía,

él aceptó andar con el extraterrestre, para descubrir más acerca de ellos.

– Vale, ándale, nos vamos. ¿Pero a dónde vamos a ir, a otro planeta? ¿Y con qué? ¿Y cómo debo vestirme, hace frío allí? O por lo menos, ¿me dices tu nombre?, porque no sé cómo llamarte. Yo me llamo Juan – dijo de prisa Juan.

– Pero qué impaciente que eres. Espérate, ten calma, que en algunos minutos te vas a enterar de todo. Mientras tanto, tú ahora vas a caer en un sueño, con un tipo de humo que voy a soltar yo, porque no debes ver la ruta que tenemos que hacer– dijo tranquilamente el extraterrestre.

Juan no tuvo tiempo de decir ni una sola palabra, porque el extraterrestre actuó con mucha rapidez y, después de algunos instantes, Juan se despertó en un lugar extranjero que no conocía.

– Pero, ¿qué me pasó? ¿Dónde estoy? Quiero levantarme de aquí, pero ¿por qué tengo esta pérdida de equilibrio?– hablaba confusamente Juan.

– Juan te llamas, ¿no? Pues me alegro de conocerte, Juan. Aquí te encuentras en nuestra nave espacial. Y yo no tengo nombre. En nuestro planeta no tenemos nombres – empezó a explicar el extraterrestre.

– ¡¿Me encuentro en su nave espacial?! O sea, estamos muy lejos de la tierra, ¿no? ¿Estamos en otro planeta? ¡Qué guay! Demuéstrame, ándale, salgamos a pasear que quiero ver absolutamente todo. Qué pena que no haya tomado mi aparato fotográfico, pero creo que tenéis vosotros, ¿no? – seguía Juan hablando y hablando sin parar.

– Nosotros no vamos a salir a ningún parte, excepto al espacio que tenemos aquí, porque estamos todavía en la tierra, estamos al fondo del océano – respondió el extraterrestre.

– No, no, esto no es posible, te estás burlando seguramente. Es que no es posible que una nave se quedara en el fondo del océano, porque la presión del agua la destruiría. Y si eso fuera verdad, ¿cómo es posible que vosotros podáis esconderos aquí, en nuestro planeta, sin ser descubiertos por nadie?

– Mira, Juan, hace mucho tiempo que los estudiamos, que los vigilamos. Cada uno de nosotros ha llegado por lo menos una vez a la tierra, tomando mucha experiencia de las cosas que vosotros hacéis. Y con respecto a las preguntas que tú me hiciste,

es que nosotros también tenemos tecnología mucho más avanzada de la que tenéis vosotros aquí. ¿Recuerdas la mañana de hoy, cómo estaba el cielo? Pues, cada vez que el cielo se pone así, venimos nosotros y nos escondemos en este tipo de niebla, para poder movernos libremente, en vuestro espacio. La niebla que formamos nosotros mismos, alrededor de nuestra nave, no permite dar ni una señal en vuestros aparatos, que habéis creado para atraparnos. Incluso, hemos logrado crear este tipo de tecnología alrededor de vuestra tierra, que muchas veces os ha salvado de los meteoritos.



– ¡Estupendo! Y estoy entendiendo que vosotros sois demasiado inteligentes, pero no estoy entendiendo, ¿con nosotros qué hacéis, después de estudiarnos? ¿Matarnos?

– No. Os comeremos vivos – respondió rápidamente el extraterrestre.

– ¿Qué, qué? ¿A mí también me vais a comer? No, por favor, no me comáis, yo no quiero morir de esta manera –suplicaba Juan.

– Pero, claro que te vamos a comer, igual que a los demás, a ti también. No tiene por qué ser diferente tu caso – le respondió seriamente el extraterrestre.

– Pero yo no quiero acabar en vuestro estómago, además no hay lugar suficiente para mí – respondió espantado Juan.

– Jajajaja, pero cálmate, hombre, que te estoy gastando una broma, nosotros no somos caníbales. Si quisiéramos hacerles algo malo a ustedes los humanos, ya lo habríamos hecho – respondió entre risas el extraterrestre, viendo a Juan tan espantado.

– ¡Cuánto me asustaste! –respondió Juan aliviado.

– Ahora acuéstate en la cama, que debo empezar a tomar algunas muestras de tu cuerpo.

– Pero, ¿por qué necesitáis pruebas de nosotros, que hacéis con ellas?

– Las necesitamos, porque estamos modificando nuestro ADN, para hacernos lo más parecidos a ustedes. Es que somos muchísimos y en nuestro planeta no cabemos más. Por eso, queremos durante algunos años venir a vivir a la tierra.

– ¿Qué? ¿Qué? ¿Y tú crees que nuestro planeta tiene lugar para ustedes también? Pues no, hombre, podéis ir a otro planeta, a Marte o a la luna, que bastantes somos nosotros aquí –respondió seriamente Juan.

– Hemos pensado esta posibilidad también, hemos estudiado muchos planetas pero con ustedes nos adaptamos mejor.

– ¿Cómo que habéis estudiado muchos planetas?, pero son solo nueve, hombre. Y nosotros hemos explorado algunos de ellos y no tienen signos de vida. Así que tenéis libres algunos planetas, podéis ir allá.

– Jajaja, ¿y a ti quién te dijo que no hay vida allá? ¿Vosotros pensáis que sois los únicos seres vivos en este universo? Pues te equivocas, existen otros planetas donde hay vida, pero igual que ustedes y nosotros, cada uno tiene su raza. Y te aseguro que no conocéis ni la mitad de esta galaxia. Pero qué vais a conocer vosotros, cuando ni siquiera os conocéis a vosotros mismos.

– ¡Ay! Me pellizqué, cuidado. ¡¿Pero qué está pasando aquí, los objetos se mueven solos?!

– Ay, Juan, tú no has estado atento desde el principio cuando te traje aquí, te has fijado solo en mí. Pues como ves, los objetos pueden moverse de un lado a otro, y esto lo hago yo. Nosotros podemos mover los objetos con la mente, podemos leer vuestros pensamientos y entender vuestras emociones. ¡Ah! y además nosotros no sabíamos ni mentir, pero gracias a vosotros,

cuando pasamos tu lengua por nuestra mente, ya aprendimos también a mentir. Apenas estoy terminando contigo y después te voy a dejar para que conozcas nuestra nave.

– ¡¿Pero cómo podéis hacer tantas cosas?! ¿Me vas a contar tu secreto? Debe de ser divertido cuando leéis nuestra mente, ¿no? Ay! Cuánto me gustaría a mí también leer la mente de las chicas que me gustan. Y quién sabe, en un futuro puedo enamorarme de una extraterrestre que sea por lo menos más guapa que tú, no te ofendas, ¿eh? ¿Ya terminaste ahora?, que quiero irme de aquí.

– Sí, sí, claro, levántate ahora, y vamos a dar un paseo por la nave, pero con cuidado, no debes tocar nada. Pues no tenemos ningún secreto. Así estamos hechos nosotros. Además, creo que vosotros también podéis hacer que os sucedan las cosas que queréis, basta con concentraros muchísimo en vuestra mente.

– Pues me queda probarla, para ver si voy a conseguir algo con mi mente brillante. Qué decepción, esperaba ver otras cosas en tu nave, además de las cosas metálicas por todas partes. La había imaginado diferente.

– Pues claro que cada cosa es metálica aquí, está construida precisamente para hacerle frente a la presión del agua y del aire. Pero lamento decirte que ahora tienes que regresar a tu casa, ya se está haciendo de noche. Y yo tengo que arreglar las muestras que saqué de ti.

– ¿Pero qué vas a hacer con estas muestras, me vas a clonar? Yo quiero quedarme aquí. Si vosotros podéis quedaros entre nosotros, ¿entonces yo por qué debo regresar?

– Bah, me cansaste, Juan, muchas preguntas tienes. Sí, vamos a hacer otro como tú, y no, no puedes quedarte entre nosotros, porque no puedes adaptarte en ningún aspecto a nosotros. Ahora prepárate que te voy a hacer regresar a la casa, que no hay tiempo, y como la otra vez, te voy a hacer dormir con el humo, ¿vale?; ya que no debes recordar nada.

Y sin tener la posibilidad de dar otra vez una respuesta, Juan cayó dormido. Y cuando se levantó vio que, a diferencia del día anterior, el sol resplandecía en el corazón del cielo, y que él no recordaba si había sido un sueño o una realidad.

Delia Ancuța Cerlincă

Universidad “Stefan cel Mare” de Suceava, Rumanía

Una triste historia

Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

– ¿Quién es?– preguntó...

– Soy un simple mensajero, señor, tengo un sobre para usted.

Juan examinó esa extraña voz nunca escuchada hasta el momento y curioso abrió la puerta. Un tanto desconcertado, dio un paso atrás y tendió la mano hacia el mensajero. Este le entregó la carta y sin más desapareció en la nada.

Eran apenas las seis de la tarde pero el frío del otoño y la incertidumbre de aquella carta le hizo a Juan perder la noción del tiempo. Y aquella noche sobrevino una gran tempestad, con lluvia, truenos y terribles relámpagos. El primer impulso suyo fue abrir la carta, pero decidió esperar la rica cena que su mujer iba a preparar para los dos.

Marcela era toda una dama, de unos treinta y cinco años, con piel tersa, pelo largo y rizos bien definidos. Había estudiado idiomas en la Universidad Complutense de Madrid durante tres años, sabía de letras y hablaba alemán, catalán, español, gallego, inglés y francés. Sus padres habían sido profesores en la antigua escuela del pueblo de donde provenían y desde pequeña habían tenido cuidado en que no le faltara nada y eso lo decían las calificaciones que sacó durante sus años académicos.

Ella y Juan llevaban más de diez años casados y su matrimonio estaba basado en la confianza y sinceridad, eran un modelo para el resto, quizás eso les hacía ser diferentes a los demás. Y como todo lo que les preocupaba lo hablaban sin rencor, él pensó que durante la cena podría empezar a hablarle de aquella carta.

– Marcela, he de contarte algo, he recibido una carta y me temo lo peor – se apresuró a aclarar Juan.

– Sea lo que sea estoy aquí para apoyarte. ¿Abrimos la carta?

– Bueno sí– dijo él meneando la cabeza.

Y allí comenzó a leer la carta. Venía desde Argentina y tenía la firma de Rosario, la hermana mayor de Juan. En esas líneas su hermana contaba que su madre se había puesto enferma y estaba padeciendo en cama, apenas podía comer y su único deseo era ver a su hijo adorado antes de que Dios se la llevara. La madre de Juan tenía sesenta y tres años y padecía un cáncer de mama en un estado avanzado, tanto que le puso la vida en peligro, y los especialistas le dieron pocas probabilidades de llegar a la tercera edad. Pese a todo eso, ella supo guardar el secreto hasta el último momento de caer encamada.

Así es como comienza esta historia en la que Juan, nuestro protagonista, viaja desde España hasta Argentina, el país hispanohablante más extenso del planeta. Iba a viajar por tierra y mar, pasando fronteras, viendo miles de caras nuevas, pero, ante todo, dándose prisa para llegar a tiempo y ver a su querida madre Francisca. Tuvo que tomar varios medios de transporte y así es como conoció a Mariela, una bella joven que se ganaba la vida vendiendo las frutas y hortalizas de la granja que sus padres tenían en un pequeño pueblo, frontera con Uruguay.

Esta muchacha trabajaba desde los dieciséis años y ya desde pequeña había tenido que aprender a administrar su dinero, centavo por centavo, para tener comida tanto ella como sus padres. Al contarle su historia y la prisa que tenía por llegar a Argentina, Mariela le dijo que lo iba a ayudar y que conseguiría hablar con un amigo suyo para tratar de prestarle un coche y así que fuera el mismo Juan quien lo condujera hasta llegar a Cuesta Blanca, su pueblecito natal.

Dicho y hecho. Mariela le consiguió el coche prometido a cambio de contarle todo lo sucedido a la vuelta y, cómo no, de devolverle el auto impecable. Agradecido por su amabilidad y su confianza, Juan prometió seguir manteniendo el contacto y por qué no invitarla a España para conocer también a su amada mujer Marcela.

Tres días y tres noches duró su viaje y de repente estaba allí, enfrente de la casa de sus padres. Una verdadera joya situada en lo alto de Cuesta Blanca. No era muy grande pero si algo tenía de especial era el simple hecho de que se trataba del hogar en donde nació, creció y llegó a ser el hombre que tanto deseaba, felizmente casado y viviendo en España, su país del alma. El corazón de la casa era el patio de delante rodeado por palmeras, allí es donde jugaba con su hermana de pequeño al escondite.

Entró en la casa y lo primero que vio fue una multitud de gente reunida vestida de negro rodeando la mesa de su difunta madre Francisca. Juan contempló el cuerpo de su madre y sin poder contenerse lloró lágrimas de piedad. Llegó, pero demasiado tarde.

Desde que se había levantado muchas mañanas atrás, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.





UNIVERSITATEA "ȘTEFAN CEL MARE" SUCEAVA, ROMÂNIA
FACULTATEA DE LITERE ȘI ȘTIINȚE ALE COMUNICĂRII
LECTORATUL SPANIOL



UNIVERSITETI I TIRANËS, SHQIPËRIA
FAKULTETI I GJUHEVE TË HUAJA
DEPARTAMENTI I GJUHËS SPANJOLLE

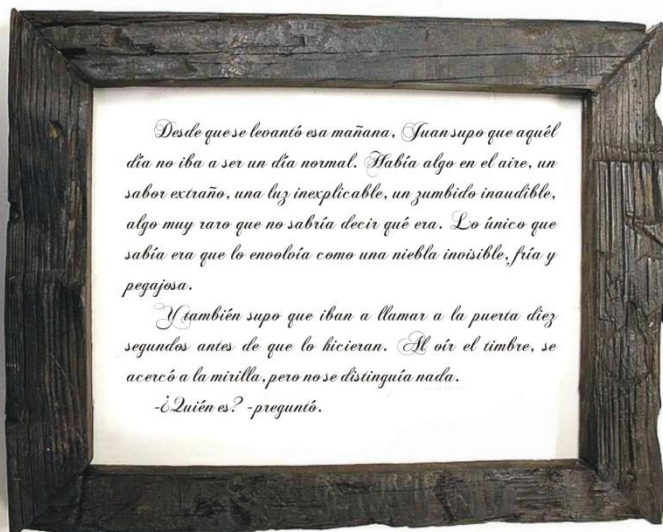


Más que palabras

**Concurso de relatos en español
Cuarta edición
2014-2015**

¡Anímate a escribir!

Envía tu relato antes del 15 de mayo de 2015



Desde que se levantó esa mañana, Juan supo que aquel día no iba a ser un día normal. Había algo en el aire, un sabor extraño, una luz inexplicable, un zumbido inaudible, algo muy raro que no sabía decir qué era. Lo único que sabía era que lo envolvía como una niebla invisible, fría y pegajosa.

Y también supo que iban a llamar a la puerta diez segundos antes de que lo hicieran. Al oír el timbre, se acercó a la mirilla, pero no se distinguía nada.

-¿Quién es? -preguntó.

A partir del fragmento de arriba, escribe un relato de 4-8 páginas A4, párrafo 1,5, TNR 12, y envíalo a la dirección de abajo junto con tus datos: nombre(s) y apellido(s), afiliación institucional y país de procedencia.

CONTACTOS: Lavinia Seiciuc, Universidad "Ștefan cel Mare" de Suceava, Rumania, lavinia_seiciuc@yahoo.com
María Moreno Molina, Universidad de Tirana, Albania, mmorenomolina@yahoo.es

